



# CORROMPIDO

HECHIZADO BAJO EL PODER DE LA INOCENCIA



L. Rodriguez

## CORROMPIDO

Copyright © L. Rodriguez Primera edición 2019

Diseño de portada: Isa Quintín Edición: Cecilia Pérez

ISBN-13: 9781080860746

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la fotocopia y el tratamiento informático



# 1

El temerario y temido hombre observaba recargado en un alto y viejo árbol a Martina que tomaba agua a la orilla del río, su pobre potra había corrido desesperada sin rumbo fijo, casi tan asustada al igual que el jinete que la montaba. Muy en el fondo sabía que algún día llegaría ese momento, aunque nunca pensó que lo tendría que afrontar tan pronto y, tan inesperadamente. Hace tan solo unos años corría tras de él, esa pequeña niña con largas trenzas por los huertos gritando desesperada:

— *Landro, Landro ¿podrías ir a clase en representación de mi papá?* —le preguntó despreocupada la pequeña, que apenas cursaba el jardín de niños, pero que actuaba como toda una señorita grande.

*Desde que Corina había llegado a la vida del más joven de los hermanos Prescott, se rodeaba con adultos y eso contribuyó a su desenvolvimiento, que la hacía verse mayor. A su muy corta edad le gustaba aparentar ser la señora de la casa, aun a pesar de saber que entre Lisandro y ella no había ningún parentesco.*

— *Miss Margarita nos hará pasar frente a la clase, para presentar a nuestros padres y bueno, ya sabes al respecto...*

Lisandro se pasó sus grandes y callosas manos por el rostro y se cuestionó «*¿Cuántos años han pasado de esos tranquilos días? Quizás unos diez años o tal vez más, ¿cómo es posible que ahora tenga que lidiar con esto?*»



## 2

Lisandro Prescott era uno de los rancheros más conocidos y tiranos de la región, donde había decidido quedarse a pasar su vida desolada. Fue su decisión, pero no dejaba de dolerle el hecho, de reconocer su cobardía y estupidez a su temprana edad.

La mayoría de las personas se pasan la vida soñando qué harán con su vida, se hacen preguntas como qué voy a estudiar, a dónde me gustaría viajar cuando sea mayor o cuándo me iré de casa de mis padres... Después sus inquietudes se transforman en será este el momento correcto para casarme, será la mujer de mi vida o qué ocurrirá el día de mañana, sin darse cuenta que mientras pasa el tiempo, el presente te pasa por enfrente dándote una cachetada de realidad, pues te quedas tan enfocado y sumergido en qué sería del futuro. «El cual nadie conoce y eso, sin duda será la parte más triste». Porque cuando reaccionabas te darás cuenta que el presente, ha pasado frente a tus ojos como una película aburrida y sosa, sin cortos ni anuncios publicitarios advirtiéndote lo inevitable y ahora estarías así como él, sintiéndote un estúpido sin saber reconocer qué era lo que sentías en realidad. Sin entender si estabas bien o si estabas mal o, si simplemente eras un maldito enfermo por tener sentimientos por alguien, a quien siempre viste como parte de tu familia.

Su vida siempre fue así, vivió exasperado todo el tiempo, esperando el momento adecuado para salir de esas tierras. Todos sus hermanos amaban la vida del campo mientras que él, solo deseaba que su padre tuviera un nuevo pedido de ganado, para acompañarlo a entregar esas mercancías y así poder recorrer la ciudad que un día, se convertiría en su nuevo hogar.

Denver era el lugar donde Lisandro siempre había deseado vivir, en la que soñó llevar una vida plena, sin imaginar que un inesperado accidente lo cambiaría todo.

**Esa era su amarga historia, el inicio de un calvario impuesto por él, un autocastigo forzado con el único propósito de hacerse pagar su catastrófico error.**



# 3

Verano de 1994

El sol se estampaba en su pecho desnudo, quemando como cualquier día de verano. Terminaba de escuchar una de las mejores canciones de country del momento *Amarillo by Morning* de George Straite y en ese momento, Lisandro escuchó claramente como el locutor anunciaba que se encontraban en los treinta y seis grados centígrados y, que lamentablemente las temperaturas seguirían ascendiendo durante el resto de la semana. Esto no era muy común en Yuma, comparado a lo que vivieron el verano pasado en la pisca de melón en Pecos en el estado de Texas, donde cada día sufrían las altas temperaturas cargando pesados costales de fruta, surco por surco tenían que pisca, hasta terminar todas las huertas por las que eran contratados.

—¡Lisandro! —Alguien le quitó el sombrero del rostro y tuvo que cerrar los ojos para cubrirse del sol, la luz no le permitía ver quién se encontraba frente a él.

—¿Pretendes quedarte acostadito ahí descansando? No pues, sí que te ves tan cómodo ahí arriba del cofre, mientras el resto de tus hermanos termina de encerrar todas las vacas —soltó enojado uno de sus hermanos.

—¡Rey, yo ya hice mi parte! A mí se me encargó bañar y cepillar a las yeguas —le contestó indignado, él ya había hecho su trabajo, le parecía justo y merecedor estar ahí descansando, en tanto los demás terminaban con sus obligaciones.

—Lisandro, estamos cansados hermano. Si nos ayudas, nos podríamos ir más pronto a casa. —Su hermano utilizó un tono de voz más mesurado tratando de meterlo en razón, este se bajó del cofre de un brinco y, lo miró sudoroso y exhausto.

—¡Veinte dólares! —comenzó a negociar, sabiendo a dónde los llevaría esa plática.

—¿Qué? ¡Jodida lagartija!

Como era de esperar, el temperamento de Rey explotó y se enojó al instante que escuchó la broma de la apuesta, él lo que quería era terminar y largarse al rancho, pero Lisandro siempre tenía que estar jugueteando y perdiendo el tiempo. Rey siendo el hermano mayor de cinco hombres con agilidad tomó a Lisandro, le dobló el brazo hacia atrás, levantó la pierna y le encajó la rodilla en la espalda haciéndolo caer al piso, se montó encima del pequeño de la familia y se inclinó para gritarle al oído:

—¡Vamos a ver, pequeño hijo de papi! Pon atención y cáptalo. ¡Nos vas ayudar! —advirtió—. ¡Siempre te quieres salir con la tuya! Aquí no está mi padre para salvar al bebé de la casa.

Lisandro se retorció, aunque no contestó.

—¡Cabrones! Vénganse a trabajar —gritó John, desde adentro del corral molesto por la situación, mientras que Ben sin perder el tiempo se subió a la cerca de madera y comenzó a vociferar:

—¡Franky! ¡John! Comienzan las apuestas, cinco dólares por Lisandro.

—¿Otra vez esos dos se están liando? —John le preguntó en un grito.

Los días junto a sus hermanos siempre eran peleas seguras, esos habían sido los buenos tiempos antes de la tragedia que había consumido a su familia.

Lisandro tenía tan solo doce años, su padre le dejaba manejar la Chevrolet con la única condición de que no descuidara la escuela. Nunca estuvo conforme con nadie ni con nada, siempre cambiaba de parecer y arrastraba a Franky, para cubrirle la espalda en todo momento. Ellos dos se llevaban tan solo un año de diferencia y aunque él era el menor, Franky lo seguía como una sombra, mientras que Reynold tenía diecisiete, John dieciséis, y Benjamín de quince. Landro era el más pequeño y consentido de los Prescott. No tuvo la fortuna de conocer a su madre, las tragedias con las mujeres habían comenzado desde su nacimiento.

Siempre tomó ventaja de ser el mimado y aunque su viejo insistía en enseñarle todo de la labor, él nunca se vio con la idea de quedarse ahí y hacer crecer esas tierras. Lo único que pensaba era que cuando se graduara de la preparatoria, ese día se marcharía del pueblo.





# 4

Corina llegó con la esperanza de encontrar a Lisandro esperando por ella, pero nadie la recibió, no era de admirarse, eso era normal en su vida, sin embargo estaba agradecida de que no se había olvidado de su llegada y, ordenó a uno de los peones ir a recogerla. Al llegar, antes de irse a desempacar mandó al chico a su habitación a dejar sus maletas, mientras ella se fue directa a la cocina a por un refrigerio, aunque antes de entrar escuchó como dos mujeres cuchicheaban y se detuvo para oír.

Una de ellas hablaba altanera y contaba con detalles explícitos, cómo el señor de la casa la había tomado la noche anterior y aseguraba, que muy pronto llegaría a ser la señora de la casa. Cuando la joven reaccionó, se dio cuenta que tenía las manos en puños y las uñas dolorosamente encajadas en sus palmas, lentamente inspiró profundo, lo hizo varias veces más para tratar de calmarse, pero las habladurías de la mujer ya le habían dado fuerza para actuar y lo haría esa noche.

No podía soportar saber que Lisandro tenía una mujer y, mucho menos ahora que había decidido regresar para quedarse, necesitaba ser honesta y confesarle su amor. Tenía que abrirle los ojos, para que por fin se diera cuenta cómo el destino desde siempre los mantuvo juntos.



Corina se atrevió a abrir la puerta del despacho, al no escuchar respuesta estaba decidida a lograr su cometido.

Desde pequeña había soñado con ese momento y ahora, que por fin había conseguido el coraje suficiente, Lisandro por todo reaccionaba mal. Todavía no podía creer que nunca se lo hubiera planteado y que tampoco, se hubiera dado cuenta que ella había llegado a su vida con la única finalidad de hacerlo feliz.

Mientras estudiaba en el colegio lo soportó todo: la lejanía, la tristeza de estar lejos, las visitas cortas en verano y las escasas llamadas telefónicas; lo aguantó porque sabía que cuando regresara a esas tierras él por fin abriría los ojos y, se daría cuenta de que ella era la mujer que enmendaría su vida,

brindándole una verdadera razón por la cual valdría la pena vivir de verdad. Le apenaba su situación, a pesar de ser tan apuesto, tan trabajador y de haberse convertido en uno de los hombres más poderosos y ricos, a puerta cerrada su despacho se convertía en su infierno. Podía pasar días enteros encerrado bebiendo en su miseria, botella tras botella y solo permitiendo dejar entrar a mujeres, que llegaban con la única finalidad de complacerlo. Fueron exageradas las veces que se topó en los pasillos a chicas felices contando el dinero que se habían ganado por su visita, aunque las hubiera corrido con un grito ensordecedor lleno de insultos y de malas palabras. Aun a pesar de todas sus actitudes denigrantes Lisandro era su salvador, el hombre que le robaba el sueño desde pequeña, el macho que había contemplado infinitas veces desde la mecedora vieja de madera en el porche, mientras tomaba limonada fresca para calmar momentáneamente la sed que le recorría por todo el cuerpo. Era tan sensual ver a Lisandro con su camisa de cuadros desabotonada mostrando su cuerpo esculpido por el trabajo de campo, al tiempo que cargaba la camioneta junto a los trabajadores para salir a la ciudad, y vender la pisca de esa temporada.

Era cuestión de tiempo que abriera los ojos y aceptara, que el salvarla de ese accidente automovilístico era una señal gritando, que eran el uno para el otro. Las casualidades no existían, desde muy joven comprendió que, el que Lisandro pasara exactamente esa noche por la interestatal, y presenciara cuando el coche de sus padres al esquivar un venado se volteara y cayera al barranco por esas espantosas montañas cubiertas de nieve, debía ser una especie de alerta. Esos sucesos no podían ser tomados a la ligera, pues comprobaban el hecho de que a pesar de que el ganadero fuera un hombre amargado, temido por todos y enfadado con el mundo, no la dejó abandonada, sino todo lo contrario, reportó el accidente donde sus padres murieron, la sacó de su sillita y si no fuera por él, con seguridad hubiera muerto de hipotermia, también podía agregar a su defensa que cuando el sheriff le avisó que, a la pequeña huérfana de tres años que había rescatado nadie la reclamó como familiar y que por obvias razones la pondrían en el sistema, él se encargó de ella.

—Landro, ¿te avisaron que la cena ya estaba lista? —Se adentró indecisa en la oficina polvorienta y desordenada.

Nadie estaba al rededor, así que se acercó a la mesa y su corazón comenzó a latir desbordando felicidad, al notar que Lisandro tenía una fotografía de su graduación. La foto no estaba en ningún marco, simplemente yacía sobre su

escritorio junto a un montón de papeles. Supuso que la acababa de recibir y, esperaba que le diera un lugar especial en la oficina.

Lisandro Prescott tenía treinta y seis años y ella tan solo diecisiete, desde que le dio un techo y comida habían convivido por tan solo tres años más, pero al cumplir los seis, espontáneamente la mandó a un colegio privado y no fue hasta que cumplió trece años, que la chica le exigió que la dejara regresar a la hacienda. Desde el momento que lo volvió a ver, aunque él siempre era distante y se había vuelto aún más enojón y huraño, ella desde ese día regresó todas sus vacaciones y vivía anhelando volver al que consideraba su hogar. Fueron muchísimas veces las que se ganó las burlas de las encargadas de la limpieza, se mofaban dejándole claro que, aunque ella tuviera una habitación en la hacienda, no era nada más que una arrimada, en el frío hogar del solitario patrón.

El hombre comenzaba a ser cruel con ella, empezaba a tratarla como a los demás. Nunca había sido cariñoso, aunque era atento y educado y con un poco de suerte, se abría con ella y platicaban. La chica podía asegurar que lo conocía más que cualquier otra persona, pero ahora simplemente era ruin e hiriente, evitándola en todo momento.



# 5

La joven chica de melena rubia se miraba en el espejo satisfecha. Después de probarse varias opciones se dio por vencida, no contaba con nada sensual en su guardarropa con lo que pudiera presentarse en la habitación de Lisandro para tratar de seducirlo, así que al final escogió una suave bata de algodón y, sintiéndose atrevida decidió olvidar su ropa interior por primera vez.

El batín no era sexi, sin embargo dejaba ver su cuerpo desarrollado. Se sentía satisfecha con su reflejo, sus largas piernas y sus ya notorios pechos le confirmaban que estaba preparada, pero antes de salir de la habitación volvió a ajustar los finos tirantes, para que la prenda quedara un poco más corta y, al mismo tiempo acomodó el cuello en forma de uve de su pijama, mientras pasaba sus temblorosas manos por sus pequeños senos excitándolos. Sus pezones erectos le dieron un gesto de perfección, la imagen de una mujer bella e inocente, aunque con un brillo travieso en su mirada.

Caminó hacia la ventana y volvió a confirmar que Lisandro no había llegado, acercó una silla y tomó "*Orgullo y Prejuicio*" de su mesita de noche, no obstante antes de comenzar a leer por cuarta vez la novela que tanto le gustaba, recordó la travesura que había llevado a cabo, esa zorra no se acercaría a su hombre ni esa noche, ni nunca.

Hace tan solo un par de horas cenó sola en el comedor. En el momento que bajó ilusionada por ver finalmente a Lisandro, al entrar al recibidor le informaron que la cena estaba lista, pero que el patrón había llamado temprano para avisar que llegaría tarde, su gran sonrisa se borró de su rostro, sentía como si la estuviera evitando. Sin embargo, no se dejaría desanimar, por lo que cenó tranquila imaginando que se encontraba sentada al lado derecho del amor de su vida, de su héroe y salvador. En ese instante la chica bocazas de la tarde entró con la comida y, aprovechó para dejarle unas cuantas cosas claras.

—¿Cómo te llamas? —preguntó Corina, mientras le servían la cena.

—Dee, señorita.

—¿Abreviatura de? —cuestionó de nuevo.

—Deborah —dijo la muchacha con respeto.

—Pon atención, díles a todos que el señor me llamó para informarme que no quiere que nadie lo moleste —mintió, ella tenía que tomar cartas en ese asunto, para que ni esa mujer ni nadie se le volviera acercar. Estaba al tanto que tenían planes para verse esa noche, aunque ella no lo permitiría.

—Pero... —interrumpió la mujer.

—¿Entendido? —inquirió mirándola a los ojos, con una mirada fría—. Sé lo importante que es este trabajo para ti, no creo que quieras perderlo —soltó—. Infórmales a todos que el señor Prescott estará indispuerto, y que no quiere que nadie entre a la casa grande. Ha dejado claro que viene cansado y que lo que menos desea es que alguien lo moleste.

—Sí, señorita —contestó la sirvienta, que se retiró con una clara molestia en su rostro.

—Sí, señora —le corrigió en voz baja, deseando poderlo decir en voz alta y clara para que la escuchara, pero sabía que no podía proclamar un título que todavía no era suyo.

Las luces de unos faros llamaron su atención, por lo que abrió con cuidado la cortina y vio cómo Lisandro salía de la camioneta cerrando con un portazo, para después ponerse el sombrero y caminar arrogante hacia la casa.

El hombre era un manjar del sembradío, recio, grande, fuerte y tosco, gozaba de una sensual piel bronceada, gracias a las tantas arduas horas de trabajo bajo el ferviente sol, que día a día besaba su piel. Los dioses del campo habían conspirado en su nacimiento, para crear un macho divinamente perfecto que con su porte gritaba soy el pecado, la bestia y la tentación personificada, para arrastrar a cualquier fémica a la locura. Ese vaquero era tan tentador, que pasabas por alto esa maldita expresión enfadada en su cara que daba miedo, ya que era solo una careta que cubría su atractivo y varonil rostro.

Corina esperó un poco más, hasta que sintió que era el momento adecuado. Sin dificultad entró a la habitación, mientras Lisandro se encontraba en la regadera, se sentó en una esquina con el corazón latiéndole como un potro en pleno galope. Después de aguantar unos cuantos minutos más, Landro salió del baño completamente desnudo y caminó secándose el cabello. Cuando terminó lanzó la toalla en dirección contraria, y sin perder tiempo se subió a la cama quedándose acostado boca abajo.

La chica se había quedado sin aire, jamás había visto a nadie desnudo y, a pesar que la recámara solo estaba alumbrada con la luz de la luna que se colaba por la ventana podía verlo perfectamente. Lisandro era tan hermoso,

tan grande... Sus manos temblaban por tocarlo, sus labios anhelaban besarlo y su cuerpo, nada más quería hacerlo feliz. Había pasado tantos años viéndolo solo, de verlo sin amigos, sin una pareja, sin sonrisas, sin una esperanza reflejada en sus divinos ojos café, que ella quería llegar y convertirse en su luz, en su anhelo y en su futuro.

Mientras lo contemplaba deseó tener un conjuro mágico para acercarse a él y ser aceptada, le daba temor que se alejara de ella o que la despreciara al conocer sus intenciones, pero necesitaba que la notara y que ya no la viera más como una niña.

Tomando valor se levantó y, con piernas temblorosas caminó hacia donde yacía dormido, subió a la cama y gateó hasta sentarse en su trasero firme y desnudo. Lisandro ni se estremeció, su cabeza se encontraba reposando sobre la almohada, la cual aprisionaba con sus grandes y fuertes brazos. La postura le ofrecía poder contemplar todos los músculos marcados de su espalda y no pudo contenerse, sus manos tomaron vida y, comenzó a tocarlo con ligeras caricias que con rapidez tomaron más confianza, convirtiéndose en un reconfortante y sensual masaje. El hombre por fin ligeramente se movió tratando de girarse, sin embargo ella lo detuvo inclinándolo su cuerpo hacia delante y asegurando sus manos en sus hombros, dejó caer el cabello al lado de su rostro para ocultar su identidad y, le mordió suavemente la oreja para después pasarle la lengua por la misma área.

—Me has hecho esperar, sabes muy bien cómo odio la impuntualidad —soltó él con una voz ronca que le erizó la piel.

Sin despegarse de su espalda sus manos danzaron por sus brazos y por su cabello, se había deslizado y terminó acostada de cintura para arriba sobre su cuerpo, su oído podía escuchar los latidos de su corazón y se aferró a su espalda.

Lisandro por un momento se descolocó. Deborah desde el momento que entraba por la puerta comenzaba a decir obscenidades y, dejaba que hiciera con ella lo que quisiera, pero la mujer que lo tocaba permanecía callada hablando con sus manos, acariciándolo con suaves toques como si lo quisiera memorizar.

No le importaba follarse a otra mujer, para él ninguna de ellas tenía rostro, solo era su necesidad por quererse liberar en un cuerpo caliente.

Antes de preguntar por qué diablos se había colado en su habitación, comenzó a sentir cómo se resbalaba a su costado y comenzaba a rozarse buscando fricción en su cuerpo desnudo. La pequeña mujer misteriosa se mantenía

enganchada a él, su brazo izquierdo lo abrazaba, mientras él seguía boca abajo y ella ligeramente de lado, aunque todavía montada a su cuerpo, su larga pierna lo envolvía, sintió cómo su movimiento lento comenzó acelerarse y las uñas de su mano se enterraron en su hombro, su respiración empezaba a dispararse.

Estaba sorprendido, no entendía cómo estaba consintiendo que alguien se hubiera colado en su cama y que ahora se estuviera masturbando con su cuerpo, pero cuando la mujer clavó sus dientes en su otro hombro no pudo más y se giró para encarcelarla bajo su cuerpo, un cabello largo cubría su rostro, era una maraña de pelo dorado como el sol, una melena que podría reconocer aun estando a oscuras.

En ese instante, como una explosión magistral cubierta de fuego y fascinación, le fue revelado quién estaba en su cama.

## **Corina McKay**



## 6

Los ojos de la chica se abrieron sorprendidos bajo la tenue oscuridad, al sentir sobre su pierna la virilidad del hombre que la aprisionaba, en cambio Lisandro se había quedado congelado, todavía la agarraba de la cintura por donde la había hecho girar, sosteniendo el peso de su cuerpo en el antebrazo izquierdo, para no dejar caer todo su tamaño sobre ella. Cuando consiguió reaccionar, de un salto salió de la cama y le gritó:

—Pero ¿qué diablos Corina? —exigió una respuesta parado frente a la cama totalmente desnudo, sin embargo al ver que no contestaba, respirando profundo tratando de calmar su temperamento hostil añadió—: Sal inmediatamente de mi cama — ordenó más calmado con voz firme aunque moderado.

Se dio la media vuelta, pero antes de permitirle entrar al cuarto de baño, la chica recapacitó saliendo de la cama y articuló:

—Landro, ya no tienes por qué alejarme, solo estoy a meses de cumplir dieciocho años, podemos estar por fin juntos.

Al ver que no podría liberarse de esa conversación tomó la toalla del piso, se la ajustó a las caderas y se giró, para enfrentar a esa niña que esos últimos años había tratado de evitar.

Se sentía enfermo desde que su actitud había cambiado hacia él. Desde hace dos años Corina había comenzado a provocarlo inconscientemente con sus atentas acciones, cuidaba de él, cuando estaba de regreso pasaba todas sus vacaciones entrando a la cocina para prepararle sus platillos favoritos, se encargaba de tener todo ordenado, estar al pendiente de que no le faltara ropa limpia y productos personales en su baño, hasta encargarse de hacer la lista de la cocina y las compras en la hacienda. Mientras se encontraba en casa, se levantaba antes de que saliera el sol para tomar café junto a él y despedirlo. Todas las noches lo esperaba en el porche hasta que llegaba de sus tareas, ahora comprendía por qué se le hizo tan extraño que no estuviera en la mecedora esperando por su llegada.

—Corina, escúchame, esta vida no es para ti... Creo que te he educado mejor que esto.

—¿Por qué me dices eso Landro? Tú sabes que yo sería feliz aquí. ¡Aquí



contigo! —Los ojos se le comenzaron a humedecer.

—¡Regresarás como siempre a la escuela, así que deja de rebajarte! ¡Esta es la primera y la última vez que te metes en mi habitación! ¿Me escuchas? — voceó, perdiendo los estribos.

—¡No voy a regresar y, si tú eres tan ciego y cabezota para no ver lo que siempre ha habido entre los dos, no puedo ayudarte! — clamó Corina, que perdió la calma y comenzó a gritar todo lo que sentía, quizás sería la última oportunidad en que estarían juntos y si la iba alejar, se merecía expulsar todo lo que sentía su corazón—. Lo sé, lo entiendo... Siempre te has sentido responsable de mí, pero Lisandro, tú no eres mi papá... Es más, nunca me has visto ni tratado como un padre y eso es lo que te carcome, que muy en el fondo sabes que algo nació entre nosotros, lo pude ver en tus ojos, ¡Lo pude sentir cuando te robé aquellas sonrisas en el lago, por favor sal de ese gran caparazón en el que has vivido por tantos años! ¿Por qué no te dejas ser feliz? ¡Tienes que dejarlo ir, no fue tu culpa!

Era la primera vez que le llamaba Lisandro, la jovencita lo tenía confundido, esa maldita tarde había sido un error.

—¿Te estás escuchando? ¿Lo que siempre ha habido entre los dos? ¿Estás loca?

—¿Qué quieres que te diga? Jamás te había visto sonreír. Esos momentos fueron las más hermosas revelaciones que he tenido, ¿no lo ves? Sé que no crees en Dios, pero alguien me mandó para hacerte feliz, yo quiero hacerte feliz solo déjame entrar —suplicó, y cayó al pie de la cama devastada.

Era una batalla perdida, él seguía negado, nunca había entendido de razones, ¿por qué ahora sería diferente?



# 7

Verano 2016

—No te creo florecilla, ¿cómo que no sabes nadar? — cuestionó incrédulo.  
—Nunca me has enseñado.

Lisandro se le quedó mirando, era cierto que solo pasaban juntos los veranos, pero pensó que eso también se le enseñaba en los colegios que pagaba, para que la educaran como una señorita de ciudad. Y ahí estaba la respuesta, la educaban para ser una mujer de la capital, no una fémina de campo y sintió un pinchazo en el corazón al comprender, que un día no muy lejano Corina decidiría quedarse en un ambiente urbano en vez de regresar a un pueblo polvoriento como en el que vivía.

—Bueno, entonces eso va a cambiar hoy, no saldremos del agua hasta que nades como una sirena.

—¡Hecho!

Se fueron corriendo juntos rumbo al lago, cuando se dio cuenta se había desnudado dejando las botas regadas en el pasto, de un salto se metió al agua fresca solamente con sus calzoncillos de cuadros y contempló, cómo la jovencita se quedaba en un pareo completo, su análisis no fue sexual, al contrario, su observación era de orgullo, de por primera vez en la vida haber hecho algo bueno, algo que no se sintiera repugnante.

Ese día el más joven de los Prescott no pudo recordar cuánto tiempo había pasado, desde que no disfrutaba de una tarde tan divertida. Corina siempre tendía a sacar ese espíritu jovial que a sus treinta y tres años había perdido. Cansada pero feliz de ahora poder nadar como toda una profesional la adolescente miró a un Lisandro sonriente, estaba pasando sus vacaciones de verano en la finca, acababa de cumplir hace un par de semanas atrás quince años y, aunque Lisandro le había dicho que le pagaría un viaje a donde ella quisiera, ella pidió no solo pasar las dos semanas que le permitía quedarse en la hacienda, sino los casi tres meses de vacaciones.

Quizás era por su cumpleaños y por hacerla sentir especial, sin embargo esos días habían sido los mejores que había vivido junto a él, las mujeres habían

parado de desfilas hacia su despacho y en vez de pasarse encerrado todas las noches entre cuatro paredes, la invitaba a pasear en el pueblo, ir al cine y hasta la llevó a conocer la ciudad de Denver, la capital que Lisandro inconscientemente había soltado, que en ese lugar él de chico siempre deseó vivir. Cuando le compartió esa parte de información personal, su mirada se había nublado y su semblante cambió en un abrir y cerrar de ojos, pero la muchacha lo distrajo cambiando de plática.

Después de que llegaron a la casa, en esa misma noche ya entrada la madrugada, cuando estaba a punto de acostarse pensó en todo lo que había vivido, en cómo en todo momento se sintió protegida, le había tomado de la mano para cruzar las congestionadas avenidas. La idea no fue tan descabellada cuando le pasó por la mente, que quizás ella estaba ahí por una razón, por un destino cruzado para complementarse.

Era verdad que era joven, no obstante en el pueblo había infinidad de mujeres que se habían casado enamoradas a una muy temprana edad con hombres mayores. Lisandro no era viejo, era muy guapo, inteligente, y dentro de esos arranques de histeria vivía un hombre como ese que había conocido en esos días, ella se daría a la tarea de traerlo de vuelta, de hacerlo suyo, de convertirlo en su hombre, solo era cuestión de esperar.



## 8

Al salir de la habitación de Lisandro, se fue directa a su cuarto enfadada con ella misma, sintiéndose como una tonta al pensar que podría tener una oportunidad.

No se quedaría, era consciente que no tenía a dónde ir, pero no permanecería entre esas cuatro paredes, prefería vivir bajo un árbol a quedarse en esa maldita hacienda. Quizás tenía razón, ella qué diablos sabía de amor. Solo necesitaba salir de ahí y buscar otro lugar, donde sí la quisieran.

Miró por la ventana y el corazón se le subió hasta la garganta, era de noche y sabía que allá afuera había coyotes y víboras, sin embargo nada la detendría, prefería mil veces morir tirada y que ahora sí, su conciencia lo matara. Cuando le pasó eso por la mente se retractó, ella no quería esas cosas para Lisandro, ella lo amaba, sabía que así era, aunque no podía vivir ahí, no con un hombre que seguía castigándose por haber matado a su hermano.

Por supuesto él nunca le había contado nada, pero en el pueblo siempre se decía que la razón por la que el menor de los hijos de Raymundo Prescott vivía alejado del pueblo era, porque cargaba con la culpa de la muerte de su inseparable hermano y cómplice Franky.

Se relataba que eran inseparables y, que donde estaba uno encontrabas al otro. Esa noche los dos chicos estaban castigados, pero Lisandro había convencido a Frank para colarse y tomar la camioneta de su padre, sin esperar que un borracho horas después se estampara contra ellos cuando regresaban a urgidillas con los faros apagados.

Volvió a considerar el plan, sería muy fácil que alguien la arrollara, así que agarró una lámpara y tomó la decisión de no caminar cerca del camino de tierra, sabía que era un tramo largo para llegar al pueblo, sin embargo era joven y, la impotencia y la rabia que sentía en esos momentos la motivó a salir a paso decidido.

Solo se llevó una mochila con un cambio de ropa, nada de lo que estaba en esa casa era de ella, así que supuso que al llegar a la iglesia pediría asilo y se concentraría en buscar trabajo.

Armada de valor salió con cuidado, pasó por enfrente de la habitación de Lisandro y, sin poder contenerse las lágrimas comenzaron a brotar, sin perder tiempo bajó las escaleras y se fue directa a la gran puerta de madera que abrió con facilidad. Los perros estarían sueltos, aunque al verla nadie la atacaría. Cuando se dio cuenta, ya había pasado por los sembradíos de la hacienda Prescott y caminaba bajo la todavía desolada luz de la luna, sacó su iPod cansada de sentirse descorazonada y buscó entre la lista, la canción *Girl* de Maren Morris que siempre le subía el ánimo.

Cuando sintió que el aire le faltaba y que estaba completamente agotada, miró su celular y comprobó que eran pasadas las cuatro de la mañana, eso quería decir que llevaba más de cinco horas caminando. Tenía que apresurar el paso porque podría toparse con los camiones, que se dirigían todas las mañanas a la hacienda para transportar el ganado a las ciudades vecinas, sin embargo no podía más, así que se sentó para descansar por un ratito los pies, se recostó en el pasto y en el momento que estiró los brazos hacia arriba, antes de poder concentrarse en el hermoso cielo estrellado percibió un movimiento ágil y después, una mordedura fuerte en el dorso de la mano. No necesitaba ser adivina, para darse cuenta de que algo le había mordido y, en el campo eso podía ser catastrófico.

Comenzó a asustarse, el dolor era insoportable y al mirar el área pensó lo peor, en unos cuantos segundos la mano se encontraba hinchada.

El cansancio que tenía por haber caminado por tantas horas la quebró y comenzó a llorar envuelta en pánico, agarró su celular y llamó a la única persona que le importaba, a la única persona que le debía lo que era.

La llamada dio el primer timbre, pero nadie contestó, dos, tres y nada, se quedó apretando el teléfono con fuerza hasta que escuchó:

—Estás llamando al teléfono de Lisandro Prescott, ya sabes qué hacer después del tono.

No podía desaprovechar los últimos minutos de su vida, la mano le dolía

demasiado, tenía que decirle lo que sentía antes que perdiera el conocimiento. —Hola Landro, me estoy muriendo... —se rio de lo dramático que había sonado el comentario, y al mismo tiempo de lo irónico de la situación. Estaba sentada con la cabeza metida entre sus piernas, mientras todo le comenzaba a dar vueltas, se encontraba tratando de procesar lo que acababa de suceder—. No puedes imaginar lo estúpida que me siento en estos momentos, me fugué de la casa con la intención de hacerte sufrir, para que reaccionaras, para que me extrañaras. Quería que vieras que me puedo valer por mí misma y mírame, no puedo caminar ni cinco horas, porque algo ponzoñoso me ha mordido. Su cuerpo comenzó a reaccionar ante el cansancio de la exhausta caminata, la deshidratación, el calor infernal que se sentía y la mordedura de víbora, que le estaba desfigurando la mano.

Su cuerpo estaba empapado de sudor, tomó aire y la cabeza le comenzó a martillar, con mucho cuidado se volvió a recostar en el pasto y en el instante que su cuerpo sintió la hierba sobre su espalda pensó, que si por alguna razón algo le volviera a picar confirmaría que había nacido con pésima suerte. Por un momento se había olvidado de la situación, pero le azotó la verdad y el miedo se apoderó de su mente.

—¡Oh, Dios mío! Tengo muchísimo miedo de morir Lisandro... ¡Aquí sola! De irme de este mundo y no haberte ayudado a ser feliz, de dejar de existir y que nadie me recuerde, de no haberte dado las gracias por todo lo que hiciste por mí... —Comenzó a sollozar desolada—. No me quiero morir... —se sorbió la nariz—, pero... —balbuceó— no quiero partir, sin que sepas que de verdad te amo ... ¿Me escuchas Lisandro Prescott? ¡Alguien te ama! Me lo dice mi corazón, yo sé que no me crees, pero cada vez que te miro, siento que un enjambre de abejas zumba en mi interior. Cuando estoy lejos, solo quiero ser la mejor para que te sientas orgulloso de mí. Te conozco tan bien que sé que cuando escuches este mensaje, querrás regañarme y dirás que estoy confundida, que solo te veo como un padre, pero Landro, estoy muy segura que nadie que considera a un hombre su padre podría fantasear, ni desear todo lo que yo ansió simplemente con verte. —Respiró hondo y continuó—: Te amo Landro y por eso te ruego que por favor ya no te castigues más, venga hazlo por mí. Escucha bien lo que te voy a decir —se obligó abrir bien los ojos y contemplando el cielo estrellado, pensó en la manera tan trágica y a la vez tan hermosa de tener la oportunidad de morir, recostada en esas tierras que siempre las había sentido como suyas, viendo esa decoración exquisita de estrellas que danzaban y brillaban para su deleite personal.

»Te aseguro Lisandro Prescott, que cuando me rescataste, Dios perdonó todos esos pecados por los cuales te aferras a castigarte. Nunca olvides que te llevo en el corazón mi gruñón favorito y, que te amaré por toda la eternidad, encuéntreme donde me encuentre.



# 9

Lisandro seguía despierto mirando el techo, se encontraba perdido en sus pensamientos, necesitaba tomar una decisión y estaba seguro que, lo que se le había ocurrido no le gustaría ni un poquito a Corina, pero se encontraba esperanzado de que cuando le diera las buenas nuevas de lo que había decidido, lo tomaría de una buena manera. ¿Quién no estaría dispuesto a irse unos cuantos años al otro lado del mundo a expandir sus conocimientos? Internarla en un colegio en Alemania sería un enriquecimiento didáctico, que nadie podría rechazar.

Vagamente escuchó el sonido de su celular que le avisaba que alguien le había dejado un mensaje de voz. Siempre que llegaba a casa silenciaba el teléfono, aunque las alertas de los mensajes entrantes constantemente los mantenía con volumen, pues creía que quien realmente lo necesitara dejaría algún recado.

Tomó el celular de la mesita de noche y miró una llamada perdida de Corina, lo primero que se preguntó fue por qué diablos lo llamaba a esa hora, si se encontraba durmiendo al terminar el pasillo. Le dio al botón de reproducción y al escuchar su voz desesperada y llena de pánico, se le congeló la sangre.

De un salto salió de la cama y tomó el pijama del sillón, se calzó las botas y salió sin perder el tiempo, seguía escuchando la voz desesperada de su pequeña florecilla salvaje.

Despavorido agarró las llaves que colgaban de la mesita de la entrada, se subió a la camioneta y al terminar de escuchar la desgarradora nota comenzó a tratar de regresar la llamada, pero nadie contestó. Con los faros alumbrando todo el sendero manejaba de prisa, la chica dijo que había caminado por más de cinco horas eso quería decir que estaba a mitad de camino, no podía creer que con esas altas temperaturas se atreviera a salir del rancho, no la podía perder, no lo aceptaría.

Jamás pensó volver a rezar, pero cuando se dio cuenta, las plegarias salían de su boca en automático y eso, lo hizo recordar aquel día que perdió entre sus



brazos a su hermano Franky. Aquella noche todo era diferente y nadie había escuchado sus súplicas, él era consiente que tomó malas decisiones al sonsacar a su hermano y por esa razón lo seguía pagando, pero con Corina estaba tratando de hacer lo correcto. Él era un hombre mayor, ¿qué podía ver una jovencita que tenía una vida por delante, en alguien que no podía ofrecerle nada?

Casi llegando a mitad de camino, aminoró la velocidad y comenzó a observar con más detenimiento por las orillas, no podía perder el tiempo, se colocó el celular en el oído y llamó al 911, la operadora rápido tomó sus datos, informó del accidente y le dejó saber que ya se encontraba una patrulla en camino.

Empezando a considerar en bajarse y comenzar hacer la búsqueda a pie, le llamó la atención una luz que se reflejaba en el suelo, apagó completamente las luces para ver su procedencia y por un momento se congeló recordando lo que había pasado aquella noche con Franky.

Su hermano le había aconsejado de regreso a casa apagar las luces, porque su padre algunas veces salía a fumar y si los veía por el sendero, se enteraría de que habían salido sin su permiso. No habían manejado mucho por la misma carretera por la que se encontraba hoy, cuando una camioneta que cruzaba por el sentido contrario a toda velocidad inesperadamente se impactó directo en el lado de su hermano, sin darle ninguna oportunidad. Horas después les informaron que Franky había muerto en el acto.

Valientemente luchando con sus miedos, detectó la linterna en la graba, prendió los faros de nuevo y activó las intermitentes para después salir apresurado de la camioneta. Comenzó a correr, dio primero con la lámpara, la recogió y dando unos cuantos pasos más, llegó hasta detectar un cuerpo desmayado que yacía sobre el césped.



# 10

Lisandro caminaba de un lado a otro en la pequeña salita de la clínica del pueblo. Según el doctor Peña, quien se encontraba en guardia esa madrugada, le informó que Corina estaba estable. En efecto, la paciente había recibido una mordedura de víbora, pero por fortuna, no era un caso alarmante. Ya se le había aplicado un suero antiviperino, analgésicos, antiinflamatorios y antibióticos para prevenir la infección, sin embargo le avisó que debía permanecer hospitalizada por un par de días, para vigilar el edema en la mano.

—Deja de preocuparte muchacho, vamos a tomarnos un café. La muchacha se pondrá bien —aseguró una voz, que a pesar del paso de los años sería imposible de olvidar.

Al levantar la cabeza vio a su padre, quien lucía un rostro más viejo y cansado del que recordaba. Habían pasado dieciocho años desde que se alejó de todos ellos.

Su padre, como acostumbraban en aquellos años la gente de rancho, heredó en vida a todos sus hijos así que, cuando se sintió una escoria de hijo se largó a las tierras que su progenitor siempre dijo que serían para él.

Durante todo ese tiempo se concentró en trabajarlas y hacerlas crecer y, al estar únicamente enfocado en los negocios y reprimiendo el odio y la culpa que lo embargaba, en muy poco tiempo se convirtió en uno de los hombres más pudientes de la región llegando a tener un ganado de primera, caballos pura sangre y huertos y cosechas con una riqueza insólita.

En todo ese tiempo jamás había visto a su padre o hermanos, sus trabajadores sabían que cuando alguien de su familia preguntaba por él, solo tenían que contestar con un frío “*no se encuentra*”. Así pudieran pasar toda la tarde sentados en su sala esperando por su llegada o como en una ocasión, en la que su padre amenazó con quedarse hasta que apareciera y por más de siete días no regresó a casa, hasta que el viejo derrotado salió de sus tierras.

Aquella noche no solo perdió a su hermano también había perdido a toda su familia, Lisandro no podía volver a ver a los ojos a su padre sin recordar que por su culpa Franky estaba muerto.

—Vamos hijo. —No le dio tiempo a contestar, le rodeó los hombros y lo sacó de la clínica.

Caminaron por la acera en silencio hasta llegar a una pequeña fonda, donde su padre se encargó de pedir dos cafés con dos desayunos americanos y, mientras esperaban la comida, el señor Prescott rompió el hielo.

—Lisandro, no podía creer que estabas en el pueblo. Cuando me avisaron que te vieron entrando en la clínica, por un momento pensé lo peor.

El gran hombre no sabía qué decir, se sentía aquel chico de dieciocho que jamás pudo volver a mirar a la cara a su padre.

—Hijo escúchame, ¡mírame! —le ordenó, pero como siempre estaba simplemente ahí sentado, viéndose las manos inertes como un cascarón sin vida—. No importa, solo quiero que me escuches, me has hecho sufrir... ¡Mucho, muchísimo Lisandro! Y no, antes de que esa cabeza testaruda comience a trabajar y hacerse ideas equivocadas esto no tiene nada que ver con Franky. —Tomó aire y agradeció que fuera tan temprano, pues así nadie se encontraba todavía en la pequeña hospedería—. Dios decidió llevarse a tu hermano, como lo hizo con tu madre y lo acepté porque los amo y porque jamás podrás cambiar el destino, aunque te aferres en lo contrario. Pero ¿y tú? Tú te largaste, te fuiste. Me dueles, eres mi hijo y, lo que más anhelo es quitarte ese pesar de tu mirada, reconcíliate con la vida Lisandro, acepta el destino porque al igual que la muerte es lo único seguro que tenemos. Se levantó y al acercarse, se inclinó para dejarle un beso fraternal en la mejilla, lo acercó a su pecho y le dio un complicado abrazo pues el chico seguía sentado, pero instintivamente Lisandro se paró y correspondió la muestra de cariño. Necesitaba tanto de su apoyo, de ese rencuentro con su padre que sin palabras dejaron claro que se amaban y que siempre estarían allí, el uno para el otro.

—Recuerda, tienes que aprender a aceptar el destino —afirmó. Le dio un beso en la frente y, por primera vez, Lisandro suavizó el gesto marcado en su rostro recordando cómo todos sus hermanos incluyéndolo a él odiaban que su padre los avergonzara con esas muestras de cariño en público, aunque por primera vez lo valoró porque volvió a sentirse amado, se sintió al fin perdonado.

**Era tiempo de entregarse y aceptar su destino.**



# 11

Lisandro debería de estar en la hacienda preparándolo todo para la llegada de Corina, después de pasar varios días en observación, esa tarde le daban de alta. La conversación que tuvo con su padre le quitó una gran carga de encima, pero también lo mantuvo meditando, una cosa era que te aconsejaran seguir adelante y confiar en los azares del destino, y otra era llevarlo a cabo.

Sus hermanos comenzaron a llamarle, sin embargo no se sentía preparado para empezar una conversación, así que la mayoría del tiempo después de sus obligaciones se la pasaba galopando con Martina, hasta llegar a la orilla del río. Era indescriptible la manera en la que estar rodeado de naturaleza lo hacía relajarse, parecía un tanto irónico cómo todo cambiaba, jamás imaginó pasar su vida entre esas tierras y ahora, no se visualizaba en otro lugar que no fuera ahí, entre el campo rodeado de soledad.

Decidió volver cuando llegó a los límites de la finca, ya que tenía que enfrentar a la joven. Se negaba a aceptar una relación entre ellos, aunque tampoco quería hierirla y mucho menos podía permitir que se fuera de la casa, eso estaba fuera de discusión, todavía seguía siendo su tutor y ella una menor de edad.

Bajó de un salto del caballo, se lo entregó a uno de los peones para que lo llevara a las caballerizas y se fue directo a su recámara, en el camino se encontró a Dee que merodeaba por la sala de estar, pero la ignoró. Necesitaba estar listo pues Ben y Corina no tardarían en llegar, pues ya se encontraban en camino, hace tan solo unos minutos había recibido del chófer un mensaje de texto confirmando que venía de regreso.

Cuando reaccionó se dio cuenta que parecía un jovencillo entusiasmado. Al salir de bañarse había tomado del perchero unos pantalones de mezclilla olvidando los calzoncillos en el proceso, junto con una camisa a cuadros, los cuales se puso en un santiamén, agarró sus calcetines y las botas, que también se los calzó en un parpadeo. No necesitaba hacerle nada a su cabello, solo estiró el brazo y cogió el sombrero, que yacía en el sillón viejo de la esquina

de su cuarto, ajustándolo salió apresurado azotando la puerta de su recamará, pues estaba seguro que Corina ya estaría esperándolo en la mesa.



Corina veía su torso vendado con un poco de vergüenza, Lisandro no había ido ningún día a visitarla al hospital. Comprendía que no se estaba muriendo, sin embargo pensó que como mínimo se pasaría a saludarla o mandarle flores, pero qué podía esperar de alguien como él, tenía que irse de esa casa, solo le quedaban cinco meses para cumplir la mayoría de edad, ya era hora de tener esa conversación.

Cuando le estaban sirviendo la cena se sorprendió mirar a Landro entrando al comedor, pensaba que otra vez le tocaría comer sola como ya era costumbre en esa casa.

—Buenas noches —saludó el hombre imponente, quitándose el sombrero y tomando asiento a su lado, ella no contestó solo volvió la mirada a su plato y mantuvo la cabeza gacha.

No deseaba ser una mal educada, pero quería conservar su rabieta, si lo veía a los ojos se derretiría como siempre y, el plan de marcharse ya no le sonaría tan atractivo.

—Hace muchos años que terminaste con esa etapa del juego de la ley de hielo, ¿no crees? —le preguntó Lisandro, mientras le servían su cena.

—Ja, como si supieras a lo que he jugado en estos últimos años. —expresó Corina con desinterés.

—Corina... —comenzó a decir, cuando la joven lo interrumpió.

—Mira Landro, no necesitas ser cordial conmigo, ya lo capté. —Soltó la cuchara con la que meneaba la comida y volteó a verlo directo a los ojos—. En cinco meses cumpliré la mayoría de edad y, no tendrás que soportarme ni un día más. Trataré de no darte problemas ni me inmiscuiré en tu vida. En ese tiempo, me concentraré en buscar un trabajo y tenerlo todo listo para marcharme. —Se levantó sin siquiera probar bocado—. Si me disculpas, he perdido el apetito.

Sin esperar una respuesta salió del lugar dejando a Lisandro con un montón de cosas rondando por su cabeza, una de ellas:

**¿Estaría preparado para dejarla marchar?**





# 12

El tratar de no toparse con Lisandro se lo había tomado muy en serio, aunque se la pasaba espiándolo sin que él lo notara. Las cosas habían dado un rumbo inesperado, porque en el momento que ella había dado la retirada, Landro se la pasaba ahora tocando a su puerta para preguntar si quería ir al pueblo o si se encontraba bien.

Realmente los hombres algo tenían mal, porque cuando ellas estaban dispuestas a besar el camino por donde pasaban te daban una patada, pero cuando te mostrabas distante y seca regresaban con el rabo entre las piernas, igual que perritos falderos.

El día que comenzó todo fue cuando el doctor Peña, ahora para ella Vladimir por su petición, se había ofrecido a llevarla a la hacienda. La había visto esperando por el capataz, que se suponía debería estar puntual estacionado a las afueras de la clínica, sin embargo, tenía más de veinte minutos esperando, con mejillas rosadas y un tanto sudorosa, no pudo decir no a la amable oferta que el doctor le brindaba.

Al llegar a la finca, Lisandro estaba afuera repartiendo sobres blancos a un montón de trabajadores, ahí fue que Corina comprendió la razón del porqué se habían olvidado de recogerla. Prescott al escuchar los neumáticos de una camioneta que se acercaba, automáticamente cambió su postura relajada, cuadró el cuerpo y se paró de una manera defensiva, ¿quién diablos había dejado entrar a una *pick up* a su propiedad sin avisar?

Al detenerse, el doctor no perdió el tiempo y le abrió la puerta, la chica se sorprendió, jamás nadie había tenido ese gesto tan educado, normalmente lo veías en las películas, pero pensaba que ese bonito detalle ya lo habían olvidado los chicos de hoy en día.

—Muchísimas gracias Vladimir —dijo, y le regaló una sonrisa sincera llena de gratitud.

—No hay nada que agradecer.

Alguien carraspeó a su espalda y voltearon los dos, para

enfrentarse a un Lisandro con cara de pocos amigos. Corina aprovechando la oportunidad, le habló del detalle que había tenido el doctor al encontrarla a fuera del centro médico.

—Landro ¿recuerdas a Vladimir, lo alcanzaste a conocer? — preguntó usando el nombre de pila del doctor, esperando ver su reacción.

—Claro florecilla, el doctor Peña fue quien estaba de guardia aquella trágica noche —replicó Lisandro tratando de sonar relajado, aunque su sangre comenzaba a hervir—. Buenas tardes doctor. — El rancho le dio la mano tragándose el coraje que le causaba su presencia—. ¿Todo bien?

—Claro, señor Prescott. Corina pasó a su última revisión. Solo quería estar seguro de que todo marchara en perfectas condiciones —aseguró honesto Vladimir.

—Me alegra escucharlo, si me disculpan necesito terminar de repartir los sueldos. Florecilla despídete por favor, necesitamos hablar, tenemos cosas importantes que discutir. Te veo en el despacho en una hora.

Se retiró excusándose, fue lo único que se le vino a la cabeza para lograr alejar a Corina del doctor, por ningún motivo permitiría que se quedara a comer junto a ellos.



Así fue como comenzó todo... En esos meses, Corina estuvo viviendo en un mundo nuevo repleto de señales extrañas y contradictorias, de parte del hombre que le había dejado claro aquella tarde en su oficina que se mantendrían alejados, pues entre ellos no podía existir nada más que una amistad. Por su parte, reiteró que haría como si no hubiera pasado nada y que esperaba lo mismo de ella, sin embargo sus atenciones decían lo contrario pues se había vuelto más atento, cordial y hasta un tanto afable.

Al principio no entendía su cambio, pero ahora se encontraba contenta, había

perdido la cuenta de cuántas veces se topó en varias ocasiones con el padre de Lisandro, y en ese momento empezó a entender que sus visitas tenían mucho que ver con la nueva actitud del joven, que cada vez era más serena y apacible.

Algunas veces se los encontraba riéndose en las caballerizas, otras veces en la cocina tomando café. Las pláticas y las visitas se prolongaban cada día más y, cuando el señor Prescott partía para su hogar podías comenzar a ver un Lisandro transformado, un hombre que poco a poco regresaba a la vida, un alma herida que despacio encontraba su lugar.



# 13

El calor era infernal. Estaba sentada en la mecedora y la maldita limonada, con muchísimos hielos que sostenía en la mano, no apaciguaba el bochorno, la habían dejado plantada. Se levantó abatida, todas las semanas había estado yendo al mercado pues la pusieron a vender en el puesto de la ciudad. Desde que se montó en sus botas de “soy una chica mayor y necesito responsabilidades”, Lisandro la mandó con la señora Geller, quien la instaló junto a las chicas pueblerinas más jóvenes, que vendían por tiempo medio después de la escuela, los vegetales que se producían en la granja. La mayoría de las muchachas eran menores que Corina, todavía asistían a la secundaria, mientras que ella ya había terminado la preparatoria. Al principio ese detalle le causó algo de molestia, pero al comenzar a tratar a las adolescentes, se adaptó rápidamente y se convirtieron en una versión extraña de nuevas amigas.

Se suponía que Katalina pasaría a por ella para ir al pueblo y así pasear por el centro comercial, sin embargo de la nada según ella, su mamá se había molestado y le había quitado las llaves del coche y ahora, se encontraba llorando en su recámara gritando a los mil vientos lo injusta que era la vida.

Sin intenciones de irse a su habitación y sin ganas de pasar otro día aburrido en la finca, se dio un repaso frente al espejo de la puerta principal. Vestía una camisa roja de cuadros, amarrada a la cintura y una mini falda de mezclilla, con sus botas favoritas que eran reviejas pero desde que Lisandro se las había comprado las adoraba, eran de un tono turquesa brillante y tenían barbitas de piel que se agitaban al caminar. Sin importarle en lo más mínimo su vestimenta se fue rumbo a las caballerizas y pidió que le ensillaran un caballo, no se perdió la mirada del caballerango que le recorrió el cuerpo de pies a cabeza mostrando su desaprobación.

Cuando tuvieron al caballo listo, solo agarró las correas y salió caminando junto a él, ya cuando habían caminado un buen tramo y estando segura que nadie la observaba se subió la falda un poquito más, agarró impulso y se subió como toda una experta. Se fue galopando feliz, la yegua que le habían ensillado era color blanco como el algodón, era preciosísima y estaba segura

que era una de las consentidas de Lisandro, pues lo demostraban las trenzas preciosas que decoraban su cabello.

Inconscientemente llegó a la orilla del río y se bajó de un brinco, ajustó al caballo en un árbol y se desamarró la camisa, para humedecerla y refrescarse.

Al acercarse al agua y mojar la prenda, comenzó a pasarla por el cuello, la frescura que le brindaba era placentera. Comenzó a observar a su alrededor y notó, que el riachuelo estaba bardeado de una manera natural, con grandes árboles frondosos que rodeaban toda la zona camuflada por la vegetación.

Sin meditarlo, se acercó a un viejo y grandísimo árbol, su dimensión era impresionante y su altura era digna para hacer una enorme casa de árbol, como las que veía en uno de sus programas favoritos, donde le pagaban a un grupo de hombres y te hacían las casas más geniales que jamás hubieras imaginado sobre árboles tan majestuosos como este, sin duda sería épico. Honestamente si no tuviera que irse de la finca consideraría pedirle a Lisandro convertir ese lugar en algo suyo, hasta podrían llegar a un acuerdo y entregar la mitad de su salario para pagar por ese acre.

Quitándose la ropa pensó que sería agradable por fin tener algo propio y no ser una arrimada como todos la hacían sentir, pero aun a pesar de que Lisandro se mostraba más cambiado, se notaba que no le había tomado importancia a su discurso, aunque no porque no hubiera tocado el tema, quería decir que ella podía retirar sus palabras, pues aquel día en el comedor dejó claro que se marcharía cumpliendo los dieciocho años y lo tenía que cumplir, lo malo era que ahora ya solo faltaban un par de semanas.

Tenía dinero ahorrado, sin embargo no era estúpida, ¿cómo podría seguir estudiando o cómo conseguiría un nuevo trabajo para poder mantenerse? Simplemente con el diploma de preparatoria sería casi imposible. Lo dejó pasar, ya se encargaría de eso más adelante, pensó arrojando sus penas hasta el fondo de su cabeza.

Al terminar de desnudarse tomó su iPod para no consumirse la batería de su celular y localizó la aplicación de música, comenzó a sonar la canción *I hate love songs* de Kelsea Ballerini y salió corriendo directa al río, sabía por su color que la zona donde estaba brincando era profundo, pero lo tenía todo

controlado. Desde que Lisandro le enseñó a nadar, la joven no le temía a la profundidad, era algo natural, él siempre le decía que era como una sirenita extrovertida que había nacido para estar en el agua.

Eran infinidad de anécdotas en las que podía pensar, él le había enseñado de todo, andar en caballo, andar en bicicleta, conducir su camioneta y hasta el tractor le había confiado, eran esos momentos de cinco horas mágicas, luego solo fruncía el ceño y se marchaba. Él era así, bajaba la guardia, disfrutaba por un par de horas y cuando sentía que era suficiente, se iba y la dejaba sola.

Perdida en la música nadaba al estilo europeo solo con sus bragas, el agua estaba riquísima y fue consiente que había perdido la noción del tiempo, cuando el sol estaba por ocultarse.

De repente escuchó un relinchido y una voz tosca gritando su nombre, antes de poder salir tenía a un Lisandro galopando en círculos de un lado a otro a la orilla del río.

Se bajó del caballo, encontró su iPod y apagó la música. —¿Qué diablos Corina? Llevo toda la maldita tarde marcándote, eres una desconsiderada —le gritó. Su porte de un metro ochenta y nueve fundía de miedo a cualquiera, pero a ella le pareció chistosa su agitación.

—¿Acaso pensabas que me había marchado de nuevo? —le chilló para que la escuchara, mientras ella se encontraba todavía sumergida en el agua, dejándole ver solamente su rostro.

Lisandro no contestó, solo la esperaba en la orilla del río con las manos en la cintura demostrando su inconformidad.

—Vamos Landro, te dije que esperaría hasta después de los dieciocho. Mejor ven acá, el agua está riquísima.

—Te había traído una sorpresa —comentó Prescott, que se quitó el sombrero y lo observaba con detenimiento de una manera nerviosa, pasó una de sus manos por la parte trasera de la cabeza y volvió a dirigir la mirada a la chica.

—Estoy segura de que me encantará, pero ven aquí. Así podremos irnos más frescos a casa. —Lisandro lo estaba considerando y Corina agregó tratando de sonar graciosa—. Vamos, maldita sea, no te hagas del rogar.

—Hey tú niña, ¡no estés soltando tacos! —Comenzó a quitarse la ropa y, se metió de un clavado vistiendo solo sus calzoncillos como lo hacía siempre que estaban en el río.

La chica se mantenía alejada solamente balanceando sus piernas para mantener el flote.

—Oye Landro, ¿habías estado aquí antes? —preguntó Corina, y añadió—: Yo sé que todo esto es de tu propiedad, pero esta zona, este lugar es fantástico, es como...

—Estar en otra dimensión. —El rancharo terminó la frase leyendo sus pensamientos.

—Exacto, es tan mágico igual que si fuera un lugar irreal, un sitio que con su encanto, te envuelve en un fascinante espacio que detiene el tiempo y que te da la sensación de que todo estará bien. Todas las penas, las tristezas y las mortificaciones salen de tu cuerpo y se desvanecen momentáneamente — suspiró dramática.

—¿Qué podría mortificarte a ti? —inquirió incrédulo sin una pizca de burla. El rancharo no trataba de hacerla sentir incómoda con su pregunta, pero se encontraba confundido. No podía pensar en algo que pudiera martirizar a una muchachita tan bella y joven como ella, así que trató de explicar su punto.

—Imagínate, vas a cumplir dieciocho años, tienes toda la vida por delante. La chica comenzó a acortar el espacio que los separaba, el sol se había ocultado y las estrellas comenzaban ligeramente alumbrar a su alrededor, sintió la brisa de la noche y la hizo titiritar frente a él.

—Tú me mortificas —expresó sintiéndose atrevida.

Lisandro comenzó a alejarse, notó los hombros desnudos de la chica y no quería cometer un disparate. Tenía mucha fuerza de voluntad, sin embargo cada vez era más difícil no someterse a esa atracción que sentía y, que lo atraía como el más dulce de los pecados. Todo cambiaba con respecto a ella, sentía que se fragmentaba su decisión de mantenerse alejado, no quería buscar ninguna excusa, pero al fin de y al cabo era un hombre, una criatura con sangre en sus venas que reaccionaba humanamente a la tentación de una bellísima mujer.

La chica estiró el brazo y lo detuvo, sin darle tiempo a reaccionar, se abalanzó y enredó sus largas piernas a sus caderas, lo tomó de las mejillas y se aferró a sus labios.

Lisandro estaba tenso, era ella quien invadía su boca y deslizaba su lengua para explorarlo, no obstante cuando sintió que por fin sus fuertes manos sostuvieron sus muslos, ella reaccionó mordiéndole el labio y gimiendo en su boca.

En ese momento el hombre alto, fuerte y atractivo, la sostuvo con fuerza y dejó

de luchar.

**Lisandro Prescott por fin se había rendido.**





# 14

La noche en el río había sido mágica como todo a su alrededor, por fin Lisandro se encontraba hechizado bajo el placer de la inocencia, de una joven mucho menor que él. Pero eran hechos que no podía seguir aplazando, la deseaba, anhelaba a la mujer en la que se había convertido, en la que lo hacía sentirse vivo, sus besos habían escalado a una necesidad intolerable.

Después de que se besaron hasta perder el aliento, la abrazó fuerte y la mantuvo pegada a su pecho, sus corazones compartían un mismo sentimiento, había nacido un fuego, un hambre que anhelaban consumir, aunque tenían que esperar.

—Esto no puede seguir pasando —le dijo al oído, mientras sus manos recorrían su espalda contradiciendo sus palabras.

Corina se alejó de su cuerpo para mirarlo a la cara y sin vergüenza de mostrar sus pechos desnudos, se sostuvo de sus hombros fuertes y marcados y le respondió:

—Aún no puede pasar, solo hay que dejar que trascurren estas dos semanas. Danos la oportunidad de conocernos —suplicó.

Lisandro esperaba a Corina en la camioneta, llevaba una semana recogiéndola a las afueras del mercado.

Hasta hace unos días el rancharo se quedaba laborando hasta que todos los trabajadores se iban a sus casas, pero ahora solo dejaba indicaciones y antes de que se ocultara el sol, salía levantando el polvo para recoger a la joven a su trabajo.

Había considerado pedirle que dejara de trabajar y así, poderla encontrar todos los días en la casa, como cuando era más joven, hasta podría encargarse de las cosas de la finca, sin embargo sabía que trabajar era importante para ella y, que además le serviría para aprender a desenvolverse.

Los planes para que regresara a la escuela se habían visto truncados, ahora no quería que se alejara y egoístamente, se dijo a sí mismo que no hacía falta que tuviera una carrera, él había forjado su riqueza con el sudor de su frente y con un diploma de preparatoria, a ella, jamás le faltaría nada pues tenía lo indispensable para superarse que eran las ganas, la inteligencia y la pasión por

el trabajo.

Perdido en la voz de Brad Paisley que cantaba *She's Everything* escuchó cómo alguien abría la puerta y se encontró, con la sonrisa que iluminaba su mundo esos últimos días.

La joven vestía una blusa de tirantes blanca, con unos pantalones deslavados y uno de sus pares de botas viejas, eso le recordó lo que había comprado para ella hace ya casi una semana, estiró el brazo y sacó de la cabina de atrás, una caja envuelta en papel de regalo rosa con un moño gigantesco.

—Landro, no es mi cumpleaños —comentó Corina con sorpresa.

—No es necesario que sea tu cumpleaños para regalarte algo, ábrela, sé que te encantará.

Corina sin cuidado rompió el papel y chilló al ver la marca Corral reflejada en la caja de cartón, no podía creerlo, la abrió con cuidado y una belleza personalizada frente a ella le dio la bienvenida, levantó una bota y la admiró sin poder contener la cara de sorpresa. Sus recortes, sus detalles eran divinos, cada puntada era un deleite, solo pocos podrían admirar un trabajo de esa clase, no todos entendían el esfuerzo y la precisión de hacer un par de botas hechas a mano y nada menos, que manufacturada en México, en donde nacían los mejores artesanos.

Sin dar las gracias, se quitó el cinto de seguridad que automáticamente se había puesto al subirse a la camioneta y, se trepó en sus muslos dejando el volante a su espalda, le dio un beso en la boca que solo fue un cariñoso roce de labios, lo abrazó y le dijo:

—Gracias Landro, son hermosas. —Sus palabras sonaron entrecortadas.

Prescott sin ser consciente que seguían estacionados frente al mercado, la retiró con cuidado de su cuerpo para mirarla a los ojos.

—¿Por qué lloras, hermosa? —le preguntó preocupado, sino fuera porque le dio las gracias y había notado el entusiasmo en sus palabras, pensaría que había sido un pésimo regalo.

—Es que estos han sido los días más hermosos de mi vida.

Él le sonrió y le dio un beso en la frente.

—Vamos chiflada, hay que ir a cenar.

La chica había pensado que cuando Lisandro dijo vamos a cenar, se refería llegar a la casa y comer juntos, pero no podía creer que se estaba estacionando en El Herradero, era un restaurante mexicano muy popular, al cual solo venía la gente acomodada de la región, pues los cortes de carne que servían eran excesivamente caros por su exquisita calidad.

El alto y cuadrado vaquero se bajó, de una forma natural se acomodó el sombrero, rodeó la camioneta hasta llegar a su extremo, le abrió la puerta y le extendió la mano para ayudarla a bajar.

Corina no pudo aguantarlo más, se puso de puntitas y lo besó, primero fue un beso tranquilo y significativo, pero cuando sintió las grandes manos de Lisandro recorrer su cadera y masajear su culo, se dio cuenta que las cosas estaban escalando a más.

Solo se la habían pasado disfrutando del momento y, explorando sus bocas sedientas el uno por el otro. Todo el tiempo que estaban juntos lo disfrutaban al máximo, hasta Corina ya tenía la costumbre de que mientras Lisandro llevaba las finanzas, ella se sentaba en la sala de su despacho con su *Kindle* y se ponía a leer. Cuando sus mejillas se sonrojaban al momento que leía en su libro electrónico alguna escena erótica, miraba inconscientemente a Lisandro con unos ojos llenos de deseo. Mientras que el hombre frente a ella se encontraba concentrado haciendo estimados como un día normal, a Corina le llegaban un millón de fantasías a su cabeza que moría por cumplir junto a él. Se imaginaba recostada en su despacho, al tiempo que él se sumergía en sus pliegues robándole su virginidad, su mente volaba sin limitaciones y para su mala o quizás buena suerte, Lisandro siempre la cachaba pillándolo y le regalaba una seductora sonrisa, dejando en sus labios una promesa de que el día llegaría antes de lo pensado.

No se podía sacar de la cabeza que en cuatro días podían avanzar al siguiente nivel de la relación que estaban llevando básicamente de *manita sudada*, claro que algunas veces sus hormonas eran difíciles de controlar, pero Lisandro siempre la mantenía a raya con ligeros comentarios que la enloquecían prometiendo que valdría la pena esperar.

El individuo amargado que alguna vez había habitado en él desapareció por completo, ahora era un hombre cálido, detallista, amoroso.

La mayoría de las veces, cuando esperaba en el estacionamiento afuera del trabajo tenía un ramo de flores diferentes esperando por ella en el asiento del copiloto, decía que no le dijera cuáles eran sus favoritas, pues él lo descubriría por su cuenta. Explicaba que, con su simple reacción al recibirlas, él sabría cual eran sus preferidas y hasta el día de hoy siempre había recibido flores, rosas y claveles diferentes.

Cuando comían juntos, se iban directo a la recámara tomados de la mano y cuando la cosa se comenzaba a calentar la mandaba a la cama de una nalgada, y ella era feliz, lo amaba, lo deseaba, vivía en un sueño y respetaría su palabra

y sus decisiones, hasta que él dejara de existir.

Él sería su hombre y ella su mujer como estaba escrito.

—Florequilla quedamos que los besos son solo dentro de la finca. —se rio en sus labios.

—Solo faltan cuatro días... Por favor, no me puedes privar de esta delicia —le rogó Corina sonriendo, sin despegar sus labios de los de él.

—Te aprovechas porque no tengo voluntad para decirte que no.

De repente se escuchó una voz que se aclaraba la garganta, y el menor de los Prescott volteó sin una pizca de vergüenza, aunque inmediatamente se tensó.

Era consciente que no estaban haciendo nada malo, sin embargo un enamoramiento entre ellos al ojo público, no sería bien visto.

—Válgame muchacho tantos años sin verte —le saludó un viejo gordo, que venía de la mano de una mujer mucho más joven que él.

Si Lisandro le llevaba a ella unos dieciocho años, a esa chica, ese rancharo le pasaba por lo menos unos treinta y tantos. Sin duda, esa mujer tenía algún motivo en particular para aceptar a un hombre tan gordo y feo como marido.

Por un momento no se sintió tan mal por la diferencia de edad, corrección, Corina no tenía prejuicios por la diferencia que existía entre ellos, pero sabía que era algo que le mortificaba a Lisandro, aun a pesar que regularmente eso era muy natural en los pueblos. Estaban acostumbrados en conocer parejas que se llevaban varios años o las típicas abuelitas que las habían casado a una temprana edad, pero bueno, la vida cambiaba y hoy en día todo era diferente.

—Ahora veo por qué te has mantenido tantos años encerrado en esa colina, yo hubiera hecho lo mismo —se carcajeó—. Con que tenías un tierno juguetito bien escondido...

La chica sintió que se le revolvía el estómago, al sentir la mirada indecente del hombre sobre su cuerpo de una manera sugestiva. Lisandro se tensó, ella le apretó la mano y con la otra, lo tocó y la deslizó por lo largo de su fuerte y rígido brazo tratando de calmarlo, pues el rancharo estaba a punto de partirle la cara por insinuar algo tan asqueroso.

Él era incapaz de tocar a una niña, jamás le había visto con ese tipo de mirada repugnante que demostraba el tipo de basura que tenía frente a él.

—Nos vemos dentro hijo, hay que celebrar tu regreso con un buen mariachi.

Lisandro no dijo nada, y el hombre junto a su pareja siguió avanzando hacia la puerta principal del restaurante.

—Hey Landro —la joven trató de llamar su atención, pero el hombre se encontraba perdido en sus pensamientos.

—Corina, necesitamos regresar —le dijo con voz apagada y seria.

—Oye, pero si acabamos de llegar —comenzó a reñir tratando de salvar la noche, sin embargo Lisandro se encontraba a miles de kilómetros perdido en sus pensamientos.

Era la primera vez que salían juntos, no podía darse por vencida, ni aceptar que ese viejo malinterpretara lo que había entre los dos, no le daría el poder para arruinar su noche, aunque antes de pensar qué decir interrumpió Lisandro:

—Tenemos que irnos, ¿no lo entiendes? Cuando entremos a ese restaurante pensarán, que todo este tiempo me he mantenido encerrado porque me la he pasado encontrando diversión en una niña. ¿Sabes cuántos problemas me podría causar todo esto si comienzan las habladurías?

La chica se quedó sin entender, no era la gran cosa que la gente se hiciera una idea equivocada, no vivían de las personas. Era completamente estúpido que le diera el poder de incomodarlos.

—Por favor Lisandro, ¿es en serio? Ellos no te dan de comer, no puedes darles ese dominio sobre ti —expuso incrédula.

—¿Tú qué sabes Corina? ¡Tú no tienes nada! ¡Yo podría perderlo todo, podría terminar en la cárcel por tus estupideces!

Cuando el pequeño de los Prescott vio cómo los ojos de Corina se agrandaron se dio cuenta de la estupidez que había dicho, pero no podía dejar que esto siguiera pasando, faltaban solo cuatro malditos días para que cumpliera su mayoría de edad, no entendía cómo no podía controlarse. Pensó repentinamente en voz alta:

—Esto tiene que terminar, mañana mismo te largas de la hacienda.



# 15

Por supuesto que iba a largarse, fue lo primero que pensó Corina. Cuando emergía el repulsivo lado del ranchero era imposible lidiar con él, pero esta vez sería inteligente y no saldría como una chiva loca para que algo le sucediera a mitad de la noche y sin decir nada, subió a la camioneta sin reñir y esperó por Lisandro.

Viajaron en completo silencio y cuando llegaron a la finca, el chico se sorprendió con la reacción serena que poseía Corina. Al bajarse lo hizo en total reserva perdida en sus pensamientos, sin contradecirle, ni azotando la puerta como era su costumbre.

Entró a su cuarto y sacó su viejo velís que yacía al fondo del clóset, comenzó a doblar su ropa con cuidado lamentando no poder llevar todas sus cosas, sin embargo con eso bastaría por el momento ya después tendría tiempo de regresar por lo demás. Tomó su celular y le marcó a Rita, una de las chicas que trabajaba a medio tiempo con ella.



Rita Jonson

**Corina :** ¿Estás despierta?

**Rita:** Claro, ¿qué pasa?

**Corina:** ¿Tu madre todavía está rentando el cuarto extra que tienen atrás de tu casa?

**Rita:** Sí, ya sabes cómo es. Al final nadie de los que llegan amando el lugar termina firmando el contrato, con tantas reglas excesivas que les pone jaja.

**Corina:** ¿Crees que aceptaría rentármelo?

**Rita:** Claro, si prometes comportarte, no tener visitas después de las diez de la noche, nada de mascotas y cero vicios.

**Corina:** ¡Hecho!

**Rita:** ¿Es en serio?

**Corina:** Claro, llego mañana temprano antes que te vayas a la escuela, ¿puedes decirle que tendré el depósito listo junto con el primer mes?

**Rita:** Vale.

**Corina:** ¡Buenas noches y gracias!

**Rita:** Para eso estamos, hasta mañana.

Al dejar el celular en su mesita de noche tocaron a la puerta, y desganaada Corina dio el paso con un simple grito.

Lisandro llevaba una playera amplia y vieja, como las que usaban los chicos al jugar basquetbol que sin duda había visto mejores días, a la remera le habían roto las mangas y ahora dejaban ver sus bíceps ligeramente bronceados que le daban un aspecto tremendamente sensual, varios de sus abdominales marcados se dejaban ver.

Sin vergüenza y dejando claro cómo lo deseaba lo contempló de la cabeza hasta los pies, repasando muy lentamente en esa uve que la saludaba con descaro. Su cuerpo era una tentación, todo él era fuerte y musculoso, se preguntaba cómo se sentiría tenerlo encima, de que manera usaría sus grandes y trabajadas manos sobre ella al estar completamente desnuda, ¿su pene sería tan grande como lo había sentido? Sus mejillas se sonrojaron al pensar eso último y el calor le recorrió el cuerpo.

Se veía mucho más joven de lo que realmente era. Descalzo se dio paso por la habitación.

—Necesitamos hablar —le dijo observando la maleta que descansaba en medio de la cama.

—Lisandro, no otra vez. Estoy cansada de lo mismo. No soy una persona conflictiva. Es verdad, por mi culpa podrías perderlo todo y yo jamás podría vivir con eso. Me gustas, te quiero, te deseo, no puedo mantener mis manos apartadas de ti. En cuatro días cumpliré dieciocho años y quizás sería bueno irme de casa. Quizás necesito vivir allá afuera, lejos de estas paredes, a lo mejor estás en lo correcto, tengo que vivir para saber si lo que quiero de verdad eres tú.

A Lisandro se le apretó el corazón, no podía estar escuchando salir esas palabras de su boca. Estas semanas, aunque habían sido pocos días, su vida había cambiado, estaba feliz, la anhelaba, y le pasaba lo mismo que a ella, quería todo el tiempo besarla, tomarla de la mano, salir con ella, mostrarla a todo el mundo y gritarles como un loco que era ella la luz entre sus perturbadoras tinieblas, la cuerda que luchaba por poco a poco sacarlo de la

nebulosa en la cual había vivido por tantos años.

—Pero no quiero que me dejes —murmuró. Su voz fue apagada, casi inaudible.

Corina se detuvo y dejó caer en la maleta las cosas que tenía en las manos, fue hacia el gran hombre y tuvo que levantar su cara para mirarlo y encontrarse con sus ojos. Era una bestia, una fiera construida de músculos grandes y fuertes, pero por primera vez ese rostro se veía afligido y eso le partió el corazón.

—Dios mío Landro, ¿entonces qué quieres que haga? —le preguntó desesperada—. No puedes tratar de herirme a propósito, con ese tipo de palabras frías e hirientes. El amor no lastima y si lo que pretendes es apartarme de ti, solo tienes que dejarlo claro y matar mis esperanzas. Porque ningún corazón tiene que aguantar el desprecio de otro. —La chica se mostraba más madura de lo que debería de ser a su corta edad.

—Sabes que me encantas —confesó él tomándole las mejillas y, dándole un beso ligero en los labios—, que me haces sentir vivo, me das las fuerzas de seguir y de luchar por una vida que sentí que se había terminado hace muchos años. Quiero protegerte, y quiero amarte... —expresó con su voz ronca llena de sentimiento.

—Es lo que más deseo... Pero un amor no perjudica, así que tendré que irme...

—Sintió cómo sus brazos se tensaban—. Y lo vas a permitir porque ahora me tendrás que cortejar, me vas a tener que llevar al cine y me seguirás regalando flores como hasta hoy, porque este viejo y oxidado hombre vive solo en tu mente —acotó, y le apretó varias veces los bíceps—, y yo cariño, créeme que los siento y los veo, muy apetecibles —añadió. Esto último lo expresó mirándolo directa a los ojos con voz coqueta y juguetona, levantando las cejas sugerentes. Después le rodeó el cuello con sus brazos y le dejó un beso bajo su oreja, demostrándole cuánto lo deseaba.

—¿A dónde piensas ir? —demandó un tanto inquieto.

—Los papás de Rita Jonson tienen un cuarto en renta. Mañana pensaba pasar por ahí para alquilarlo.

—No me gusta esa idea Corina, tienes diecisiete años. No puedes irte —declaró recio.

Era obvio que las cosas desde mañana se saldrían de control y comenzarían las habladurías. Rolando Márquez para esa hora de la madrugada, ya le habría contado a todo el restaurante que vio a Leandro Prescott con la pequeña huérfana y, si mañana no tocaba a la puerta el Sheriff Treviño iba a ser un



milagro.

—Lo vamos a superar, estamos en esto juntos.

Se dieron un tierno beso comprendiendo, que el verdadero desafío de su relación estaba por comenzar.



# 16

Al día siguiente de sobrevivir su primera reconciliación, Lisandro fue junto a Corina para ver el cuarto que se disponía a rentar, sin embargo fueron varias las veces durante el viaje al pueblo, que le expresó que él podría correr con los gastos para que se hospedara en un bonito hotel, pero ella se mantuvo firme con su decisión.

Cuando fue consciente de que no la haría cambiar de parecer habló con la madre de Rita, la señora era una mujer muy especial, aunque al ver que el renombrado Lisandro Prescott entraba en su casa, olvidó todas las reglas que tenía preparadas junto con el contrato que yacía sobre la mesa, pues el apellido de los hacendados tenía más valor que un acuerdo de arrendamiento. El hombre le aseguró que solamente la chica se quedaría por unos cuantos días, no obstante pagó tres meses por adelantado por las molestias que esto le podría causar. La mujer encantada de sentirse que le estaba haciendo un favor al rancharo, incontables fueron las veces que le dejó claro que no habría ningún problema y, que ella misma se ocuparía por si algo llegara a necesitar la joven.

Corina estaba viviendo los días más largos de su existencia. Jamás imaginó que la pasaría tan mal y que tanta gente se inmiscuiría en su vida. Lisandro había viajado a Worland, Wyoming junto con su padre y sus tres hermanos. Estaba feliz por él, honestamente lo era, aun a pesar que se estuviera callando todo lo que estaba pasando en el pueblo.

Como bien había dicho Landro, las habladurías comenzaron y ya había olvidado las veces que la habían acorralado en el supermercado, al salir del trabajo, en la plaza del pueblo y hasta en el camino a casa. Las mujeres levantaban falsos hacia ella, expresando que era una buscona, una caza maridos y cualquier insulto que les pasara en esos momentos por la cabeza. A los comentarios no les había tomado ninguna importancia, pues era consciente que las mujeres eran de esa manera cuando se sentían intimidadas, y solo el tiempo apaciguaría esa ola de chismerío que corría por el pueblo en el cual tristemente se veía involucrada. Lo que sí le quitaba el sueño era que la noche

anterior, le habían metido un susto de muerte.

Corina se encontraba sintiéndose completamente segura en las paredes de su hogar temporal, su pequeña casa contaba con un pequeño cuarto, una mini cocina y un baño, por fortuna se había quedado hasta tarde despierta. Estaba en la cocina poniéndose al día con las cuentas mensuales, le gustaba escribir en una libreta todos sus gastos y cuadrar su mes para seguir ahorrando. En ese momento, mientras se encontraba concentrada escuchó cómo alguien insertaba la llave, para después girar la chapa y empujar la puerta.

Esponáneamente frente a sus ojos el padre de Rita se había inmiscuido en su casa. El hombre no se sorprendió al verla sentada en la mesa, ni se inmutó al verse pillado, al contrario, le sonrió con una sonrisa escalofriante que le erizó el cabello detrás de la nuca, tomó asiento frente a ella y sin rodeos, le dijo que era una chica muy guapa, que él podría tomar el lugar de Lisandro mientras no se encontraba en el pueblo, que podrían tener un jugoso secreto.

La chica estaba pasmada sin saber qué hacer, el asqueroso hombre trató de tomarle la pierna por debajo de la silla y acercarla a él, al mismo tiempo que le ofrecía dinero si a él también le daba los mismos servicios que le ofrecía al rancharo. Corina recelosa, se levantó deprisa y con el movimiento la silla cayó tras de ella retumbando en la pequeña cocina, le dijo que era mejor que se marchara antes de que comenzara a gritar y despertara a toda su familia.

A pesar de que los cuartos eran solo una extensión retirada de la casa principal, sabía que era posible que sus gritos despertasen a todos y que la escucharan con claridad, así que el hombre encolerizado por no conseguir lo que quería de la joven muchacha la amenazó y le dijo muy seguro, que cuando ella menos se lo esperara disfrutaría de su cuerpo y que cuando eso pasara, ahora por estúpida y remilgada no recibiría ni un centavo de su parte. Sus últimas palabras todavía retumbaban en su cabeza: *“Muchachita ingenua, yo nunca me quedo con las ganas”*.

Corina se estaba lavando los dientes, tenía el tiempo justo para salir de casa y llegar al trabajo sin problemas, lo genial de la casa de los Jonson era que estaba en el centro, así que solo caminaba cuatro cuadras para llegar al mercado.

Cuando estaba por tomar su bolsa y salir de su habitación timbró su teléfono.  
—Hola florecilla. —Un Lisandro contento le saludó y ella al escuchar su voz, se le esfumaron todas sus preocupaciones.

—Hola Landro, ¿cómo va todo? Mañana regresas —aseguró la joven, recordando que en dos días cumpliría años.

Por unos segundos el hombre se quedó en silencio y Corina sintió una opresión en el pecho, dándose cuenta que estaba por recibir alguna mala noticia.

—Fíjate, mi padre está encantado en la cabaña. Hemos comenzado a retomar las cosas, suena chistoso, pero aun a pesar de que no hemos hablado de nuestro distanciamiento, ha sido como si nunca nos hubiéramos dejado de ver por todos estos años.

—Eso es genial, te juro que estoy muy feliz por ti. —Esperó para que prosiguiera con la plática, sin embargo al ver que no continuaba, ella le preguntó—: ¿Pasa algo, todo está bien?

—Pues... —Corina se lo imaginó quitándose el sombrero y pasándose la mano por detrás de su cabeza, como hacía cuando estaba nervioso y lo animó a hablar.

—Suéltalo ya —dijo divertida, al notar que le daba vueltas al asunto.

—Mi padre quiere que nos quedemos un par de días más, todavía no lo tengo decidido, sé que es tu cumpleaños, pero... creo que el viejo pretende que nos acerquemos y desquitemos todo ese tiempo perdido. Nos trató de doblegar con el típico comentario de que por fin consiguió, que los cuatro coincidiéramos por primera vez después de tanto tiempo y bueno...

—Hey Landro, no hay problema —replicó, tratando de disimular la decepción en sus palabras.

Honestamente, no podía imaginar pasar un cumpleaños lejos de él, no obstante eso no se podía comparar a todo ese tiempo que su familia había pasado viviendo alejados de Lisandro. No podía ser egoísta, ellos se merecían ese tiempo juntos, y ahora más que nunca que se encontraban luchando por volver a ser la familia unida que habían sido antes de la tragedia.

—Ya te dije que no hay problema. Es más, creo que es algo muy bueno, estoy muy feliz por ti cariño —expresó la chica, siendo totalmente honesta al escuchar cómo Lisandro le explicaba que el viaje de tres días se extendería por unos cuantos más.

El señor Prescott estaba encantado disfrutando de sus muchachos, la caza de gansos era un éxito, el padre de los chicos solo quería alargar su estancia en dicho pueblo y, prolongar ese momento que nunca pensó volver a disfrutar.

—Dímelo de nuevo —protestó Lisandro con voz ronca y varonil.

—¿Decirte qué? —inquirió confundida.

—Quiero volver a escuchar de tus labios decirme cariño — dijo un tanto avergonzado, pues le había encantado escuchar salir de su boca por primera vez una palabra llena de afecto.

Todo eso era nuevo para él, había tenido un montón de mujeres, aunque nunca se había apegado a ninguna de ellas. Jamás se detenía a quedarse acorruado después de intimar, solo era una descarga de orgasmos y de saciar momentáneamente sus deseos carnales, pero con esta joven moría por descubrir y vivir, todas esas experiencias que serían nuevas también para él.

—Cariño... cariño, cariño, cariño... Te extraño tanto, Lisandro. Ya quiero tenerte aquí junto a mí... —Se sonrió embobada deteniendo el celular con cuidado, mientras se recostaba en la cama. Era un hecho que llegaría tarde al trabajo.

—Me vuelves loco florecilla —expresó con un timbre de voz lleno de felicidad.

—Y tú a mí —confesó ella.

—¿Entonces estamos bien? —preguntó al fin Landro, quería estar seguro que no estaba molesta, sabía lo importante que era la fecha para Corina, pero se sentía entre la espada y la pared. Su familia estaba tan feliz, que no quería desilusionarlos al expresar que tenía que regresar a Yuma.

—Estamos más que bien. Disfruta de estos días, porque llegando aquí, serás solo mío —le dijo traviesa, se retiró el teléfono para comprobar la hora y vio lo tarde que era—. ¡Válgame Landro, tengo que dejarte, llegaré tarde al trabajo y no creo que a la señora Geller, le haga mucha gracia que llegue retrasada porque me he quedado hablando por teléfono con el dueño y señor del negocio!

La pareja de enamorados se despidió como adolescentes. Lisandro experimentaba una etapa nueva, algo jamás vivido. Corina lo hacía sentirse vivo, realmente feliz, lo hacía sentir cosas indescriptibles. Colgaron entre promesas de los labios de Prescott prometiendo, que en todo momento estaría en sus pensamientos y ella, con la esperanza de que esos días no los sintiera como una larga y triste espera.



# 17

Desde que Lisandro se había despertado sentía una opresión en el pecho, continuamente se mandaba mensajes de texto con Corina, pero la sentía distante, en el último mensaje de la mañana solo escribía que estaba de camino al trabajo y que le llamaría al salir. Desde que le dijo que quizás no estaría para su cumpleaños se cerró y, su auténtica personalidad jovial había desaparecido.

Se encontraban en una de las propiedades de su hermano mayor. El día anterior habían llegado varios de sus sobrinos, los cuales se sorprendieron al conocer por primera vez al tío ermitaño que solo habían visto en fotografías. Los chicos se habían adaptado rápidamente y lo seguían a todos lados, como la novedad en la familia.

El más pequeño de los sobrinos había llegado a preguntarle, si era verdad que había estado secuestrado por los extraterrestres durante todos esos años, porque Junior, el hijo mayor de Reynold, aseguraba que jamás lo había conocido y que estaban todos seguros que los marcianos se encontraban experimentando con su cerebro, como lo habían visto en los hombres de negro.

No podía creer que se hubiera perdido de tanto, todos sus hermanos estaban casados, hasta ese momento no tenía ni idea de quiénes eran sus esposas, recordaba haber recibido las invitaciones de boda, pero estaba tan sumergido en su tormento que no había asistido a ninguna de ellas.

Rey era el único que había dejado Colorado, ahora vivía ahí en Wyoming de donde era su mujer junto con sus tres hijos varones, la había conocido en una de las exposiciones de charrería en Denver y, desde ese momento habían comenzado su relación, al final cansado de viajar más de ocho horas para verla terminó mudándose a Worland.

Las tierras que había heredado de su padre en Colorado se las había vendido a John, quien era el mandilón de la familia, tenía cinco princesas y seguía intentando ir por el varón. Amy su mujer estaba embarazada por sexta vez y él

confirmaba que esta vez llegaría el niño como su regalo de cumpleaños, nada más ni nada menos que a sus cuarenta primaveras, con fortuna su cuñada tenía treinta y estaba más que dispuesta a darle todos los hijos que deseara su amado marido, aunque todos los hermanos Prescott incluyendo a Lisandro, le habían asegurado que se quedaría con las ganas.

Su otro hermano Ben, era un caos. Estaba divorciado y vivía en un lujoso piso de soltero en Denver, se encontraba peleando la patria potestad de su pequeña hija Miranda que tenía cuatro años y argumentaba, que su ex mujer se había vuelto loca y aunque lo había intentado por su niña no podía vivir en un matrimonio disfuncional.

Padre e hijo seguían en la cosecha de manzanas y duraznos y, la fábrica que llevaba Benjamín era la de mayor exportación de mermelada en todos los Estados Unidos.

Todavía no visitaba sus hogares y le faltaba conocer a varios de sus sobrinos, pero con su nueva cuenta de Facebook ya se estaba poniendo poco a poco al corriente, con todo lo que había ocurrido durante esos dieciocho largos años.

Los chicos insistieron en abrirle la cuenta y ahora ya tenía a todos los chavales en su lista de amigos, junto con todos sus hermanos y hasta una bola de familiares que ya ni reconocía. Todos vivían enviciados en la nueva era de la tecnología. Cuando vio la nueva notificación que le había llegado no lo pudo creer y de tanto reír, le dolió el estómago. Su propio padre quien se encontraba sentado frente a él con el aparato en mano, le mandó una solicitud de amistad, los lentes no le molestaban ni tantito, ahora estaba igual de contaminado que todos en la habitación con esa satánica aplicación, que lo único que hacía era consumirles el tiempo valioso que podían pasar allá afuera, disfrutando del campo, del viento, de los animales...

Se salió despistado de la sala principal, la cabaña era hermosa, se notaba que Rey había pensado hasta en el mínimo detalle, le encantaría verla en pleno invierno decorada de nieve por todo su alrededor.

Alguien había dejado la radio prendida, se escuchaba Midland con su famosa canción *Drinkin' Problem*, tomó una botella de whisky y, se sentó en una mecedora que daba vista a los imponentes y grandes pinos que desembocaban



en el majestoso lago verde turquesa, que franqueaba un costado de la propiedad. Consideró preguntarle a Rey si alguien de sus vecinos vendía algunas tierras alrededor, le encantaría compartir esas hermosas vistas junto a Corina. La opresión en el pecho regresó y se sintió terrible, mañana era su cumpleaños y él seguía ahí compartiendo con su familia, los amaba, sus sobrinos eran geniales, pero se sentía incompleto e infeliz, no sabía cómo describirlo, solo quería subirse a la camioneta, manejar toda la noche y verla, era lo único en lo que pensaba, necesitaba abrazarla, sentirla y saber que estaba bien.

No quería defraudarlos, pues sabía que estaban todos reunidos ahí por él. Lo notaba cada vez que llegaban a una tienda, a una gasolinera e incluso en el restaurante en el que habían estado yendo todas las noches porque nadie quería ponerse a cocinar si no era John el que lo hacía. Solo tenían un montón de pato en el refrigerador, por lo que todos al final, terminaban yéndose al restaurante de comida casera que estaba a la entrada del pueblo. Allí, cuando terminaban de cenar, todas y cada una de las veces que habían ido, su padre comenzaba abrazarlo y entre tragos les contaba con voz fuerte y orgullosa a todos los presentes, lo feliz que estaba porque su pequeño hijo estaba de vuelta, siempre al finalizar el discurso les pagaba una ronda de licor a todos en el lugar, para que brindaran porque Lisandro Prescott estaba de regreso. Sus hermanos continuamente le palmeaban la espalda y lo hacían sentirse querido, no lo hacían sentirse incómodo, pero tampoco se privaban de tener un gesto cariñoso hacia él.

Estaba seguro que ellos también eran conscientes y se habían dado cuenta que fueron muchos años desperdiciados, los cuales jamás regresarían y ahora, toda la familia se oponía en seguir dejando pasar más momentos sin expresar lo que sentían. Desde que se reunieron el primer día no necesitaron palabras para expresar sus sentimientos, ahora únicamente si a alguien le apetecía darte un abrazo o simplemente decirte “te extrañamos tanto hermano”, eran palabras que no se detenían en la garganta solo fluían con la calidez del momento.

Eran hombres robustos y grandes, a simple vista se veían recios y enojones, hasta te hacían temer por encontrarlos de mal humor, sin embargo tenían un corazón tan grande que con solo tratarlos, te dabas cuenta de que siempre se regían con la justicia de frente y con la humildad como apellido, como su

padre los había enseñado desde chiquitos.

Su madre jamás estuvo presente para el menor de los Prescott, no obstante su padre les había dicho miles de veces que a pesar que el destino fuera cruel y trágico, se tenían que aferrar a lo hermoso de la vida, y su vigor eran ellos, sus hijos.

Cuando se dio cuenta, alguien alborotó su cabello y con el simple gesto antes de verlo rebeló quién se encontraba tomando asiento junto a él.

—Veo que las mañas nunca se olvidan —sonrió Lisandro, rellenando su copa y sirviendo otra con dos dedos de *whisky*, que se la pasó a Rey, quien se acomodaba en la mecedora continua.

—Es hermoso ¿verdad? —Ignoró su comentario y se quedó hipnotizado por el paisaje, al igual que su hermano menor.

—Sí, de hecho, hace menos de quince minutos estaba considerando preguntarte si sabías de alguien que vendiera algunas tierras alrededor. Es un lugar precioso.

—Aquí tienes tu casa, solo venimos de vez en cuando. Hay una familia que se encarga de cuidar de la propiedad, pero la mayoría de los meses está vacía —le explicó Rey.

—Mmm... —dudó un poco—. Gracias por la invitación, sin embargo me gustaría tener algo propio, algo...

—¿Algo para compartir con alguien? —lo interrumpió terminando la oración. Rey era el hijo mayor, el más apegado a su padre. Aunque no vivían cerca, todas las mañanas sin falta hablaban por teléfono y se contaban lo que sucedía en los negocios y en la vida cotidiana. Reynold había sido el primero en enterarse que por fin Landro había hablado con su padre, y aunque estaba enterado que había una jovencita involucrada, estaba feliz de que su hermano por fin hubiera cruzado unas palabras con su padre.

Su papá ya estaba viejo, y era lo único que le faltaba para ser feliz. Siempre estaba rodeado de sus nietos, de sus hijos, sus nueras lo consentían, pero la tristeza que reflejaba en sus ojos era el hueco que había dejado Lisandro y eso, nadie lo podía aliviar.

Cuando se le pasaban las copas en una fiesta familiar, ya cuando todos se habían retirado, lloraba en su hombro y miles de veces lo encontró borracho balbuceando que su madre y Franky estaban descansando en paz y que sabía

dónde encontrarlos, pero que su Landro, qué dónde estaba su pequeño hijo, que le dolía su sufrimiento, que temía también perderlo, que no lo quería ver y que se rehusaba en tomarle las llamadas.

Al principio, Rey colerizaba al ver que su padre se perdía en la botella y temió por su vida, muchas veces quiso salir corriendo hacia la finca de Lisandro, algunas ocasiones con la esperanza de platicar y otras más con ganas de partirle la cara, pero su papá, enumeradas fueron las veces que lo detuvo y que le exigió que no fuera a buscarlo, que Landro era el único que podría salir de su miseria y ahora estaba junto a él con una mirada triste, unos ojos que no brillaban, mientras que los de su padre relumbraban como unas esmeraldas con vida, envueltas de pura felicidad.

—¿La extrañas? —preguntó su hermano mayor con tono precavido.

Lisandro cuando escuchó la pregunta consideró mentir, sin embargo su corazón no se lo permitió. Tenía que sacarlo y hablar con alguien de todas las dudas e inseguridades, que lo estaban carcomiendo por dentro.

—Sí. Es tan extraño Rey, es como si desde que llegó a mi vida hubiera tenido un destino establecido. —Frotó varias veces las manos sobre su rostro fastidiado y confundido, descansó sus codos en los muslos y se quedó mirando el suelo.

—¿Quieres hablar sobre ello? —Rey se estiró a por la botella y ahora fue él quien rellenó los vasos.

—No sé cómo explicarlo. ¿Conoces a Corina McKay? — cuestionó Landro, intentando formar alguna relación coherente para que su hermano entendiera la situación.

—Platícamelo tú desde el principio —expresó Rey esperanzado. Quería que su hermano se abriera, recordaba enterarse que había recogido a una niña, pero nunca indagó al respecto. A veces había cosas que era mejor no conocer. Lisandro comenzó a platicarle cómo había llegado Corina a su casa, y cómo la había aceptado en su hogar. Le explicó que jamás la acogió pensando en adoptarla, pero que siempre en su cabeza estuvo ayudarla y prepararla, para hacer de ella una jovencita de bien. Confesó que dejó de gritar tanto en su casa, porque había notado cómo la niña de tres años se estremecía al escuchar sus gritos e inconscientemente comenzó a cambiar al tenerla a su alrededor, por esa razón decidió que lo mejor era mandarla lejos a estudiar en uno de los mejores internados.

Nunca le molestó que viniera en vacaciones, aunque sí notaba que con los años la muchachita se volvía altanera, y que quería mandar como si fuera la

mujer de la casa, no le molestaba en lo más mínimo, sin embargo no quería que se hiciera una imagen diferente a lo que era, porque algo tenía muy claro, no era su hija, pero tampoco la estaba preparando para hacerla su mujer. Jamás la había visto con ojos de hombre, ni la había deseado, nunca le faltó al respeto, se lo juró por la tumba sagrada de su difunta madre y hermano. Rey vio la sinceridad en sus ojos y, lo motivó a que continuara relatando lo que se veía que lo estaba consumiendo.

—Hace más de un mes llegó a la finca, ya es toda una señorita. Como siempre hago, traté de evitarla porque comenzaban a ponerme nervioso sus atenciones y su forma de mirarme, como si pudiera ver más allá. Como si lograra identificar la maldad que recorre mi ser, pero una noche se metió en mi cama... —Rey se tensó de inmediato.

—¿Landro?

—No pasó nada, no la he tocado. Despertó en mí sentimientos que jamás había sentido con otra mujer. Y sí, antes de que me lo preguntes he tenido muchas mujeres, aunque cuando me tocó, sentí que se preocupaba por mí, que quería sostener mis penas y siento que ya no podré contenerme más, lo he estado intentando, pero mañana cumple su mayoría de edad. Sé que soy un hombre de treinta y seis años, que en varios meses estaré cumpliendo treinta y siete. Me siento un asco por desearla y quererla llevar a mi cama para reclamarla y hacerla mi mujer, sin embargo no puedo con esto que me quema por dentro. Me siento desesperado, solo quiero subirme a la camioneta y marcharme a verla, sé que estoy mal Rey, lo estoy pues es tan solo una niña.

—¿Por qué piensas que estás mal? —preguntó Rey.

—¿Qué no me has escuchado? —soltó indignado

—Sí, te he escuchado muy bien y si mal no recuerdo, mi padre le llevaba también sus buenos años a mi madre.

—Esos eran otros tiempos —bufó Landro, dándole un trago a su bebida.

—Mira Lisandro, quizás eras muy joven o tal vez no has estado presente durante todos estos años en nuestras vidas, pero padre siempre ha dejado claro que el destino marca nuestra existencia y esta, ya está determinada para cada uno de nosotros. No pierdas el tiempo, dile lo que sientes, vive con ella una temporada. Quizás estás aquí lloriqueando como una mariquita y en unos meses, te das cuenta de que no era la mujer que pensabas. Date la oportunidad e inténtalo, solo sé sincero y déjale las cartas sobre la mesa, no porque sea una jovencita quiere decir que sea infantil, tal vez termine sorprendiéndote y dentro de esa alma alegre y juvenil, existe una persona madura que está

dispuesta a compartirlo todo contigo, tus penas, tus logros, y también tu futuro. A Lisandro le cambió el semblante y se levantó todavía un tanto inseguro, palpó las llaves de su camioneta en el pantalón y Rey le dio una sonrisa.

—Anda *Casanova*, yo te despido de todos. —Rey se levantó de la mecedora. Lisandro por fin le dio una sonrisa de complicidad y con un gesto de despedida lo abrazó.

—Gracias —murmuró Landro, mientras se palmeaban la espalda.

—No tienes que darlas, mejor apresúrate. Porque la próxima vez que te mire, voy a querer presentarles a ti y a Corina a mi mujer, que está loca por conocerte.

El ganadero se subió a la camioneta, prendió la radio y se fue alborotando tierra a su paso con la música de Chris Stapleton que retumbaba en la cabina, su pecho galopaba como un loco enamorado, mientras cantaba feliz *Tennessee whiskey*. Esperaba que el resto del viaje no fuera una tortura, llegaría en la madrugada, pero sería una espléndida sorpresa de cumpleaños.



# 18

Las chicas convencieron a Corina para festejar su cumpleaños, al salir del trabajo se pasaron a tomarse un café y después partieron a la casa de Katalina, otra joven con la que trabajaba.

Estuvieron charlando, escuchando música, pintándose las uñas y cuanto cosa se les ocurrió, era agradable pasar una tarde de chicas. La obligaron a quedarse hasta la medianoche para darle un abrazo y cantarle el tradicional feliz cumpleaños y, al no tener a nadie en casa que esperara por ella, se quedó para reírse a carcajadas al lado de sus dos nuevas amigas.

Cuando llegó la medianoche miró entrar en la habitación a las dos muchachas cantando, mientras una de ellas sostenía un Gansito con una solitaria velita color rosa fosforescente que se encontraba al centro del pastelito, la cual se habían encontrado en la cocina. La obligaron a pedir un deseo y lo primero que le pasó por su cabeza fue pedir pasar el día junto a Lisandro. Así que lo hizo sin meditarlo dos veces, sopló la vela confiando en que muy pronto su deseo sería concedido, quizás no en ese preciso momento, pero sí en unos cuantos días más, pues ahora con dieciocho años ya por fin podría ser posible.

Rita se despidió rápidamente después de felicitarla, se excusó comentando que un chico de la preparatoria pasaría a por ella para llevarla a casa y, quería avanzar antes de que Corina se marchara. Quería tener un poco de intimidad con el joven, sin que sus padres la descubrieran y esa era la coartada perfecta.

Después de recoger los regalos que le dieron y alistarse, partió para su casa. Las calles estaban solitarias, al principio le dio un poco de miedo, sin embargo eran tan solo unas cuantas cuadras las que tenía que caminar para llegar hasta su casa, y le daba un poco de consuelo saber que Rita y su amigo tendrían que estar en los alrededores, pues también ellos salieron caminando hacia el mismo destino.

Cuando giró en la esquina, se encontró a los chicos sentados en la acera. Rita al mirarla se sonrojó y se levantó de inmediato, le hizo un gesto para que la

esperara y le dio un beso en los labios a su acompañante, se despidió de él agitando la mano y se unió a ella para caminar juntas la última cuadra.

—Se ve que te has divertido —le dijo Corina, dándole un afectuoso empujón en el hombro.

Rita se rio sin poder evitar la emoción en su rostro, pero no respondió seguía en su nube de algodón.

—Me debes una —comentó Corina tratando de sonar seria.

—Lo que quieras hermana, por tal de que mi padre no me pille.

Al escuchar nombrar a su padre, se recordó que esa era otra situación con la que tenía que lidiar. No creía en sus palabras, ni en que se atreviera hacerle daño, lo tomó más como esas habladurías falsas que salen de la boca en el calor del momento, aun así, se mantenía en alerta, lo único en lo que se concentraba era en contar los minutos, pues en cualquier día Lisandro estaría de regreso.

Llegando a su casa se metió a bañar y se dispuso a meterse en la cama, estaba agotada y consideró llamarle a Prescott, pero pensó que era una estupidez hablarle para que solo la felicitara, al fin sin meditarlo demasiado se metió entre sus colchas y se quedó profundamente dormida.



# 19

Lisandro se detuvo en la gasolinera sin poder evitarlo, se había prendido el foco del tablero que le indicaba que necesitaba poner gas y, aunque lo había dejado hasta el último momento, ahora el rellenar el tanque era toda una necesidad. No quería perder ni un minuto, pues estaba eufórico por volver a ver a Corina y darle la sorpresa de su llegada a mitad de la madrugada, ya se encontraba a las afueras del pueblo y eso, lo estaba poniendo un poco nervioso.

Antes de pagar vio una tina con rosas rojas en venta, que se encontraban al lado del mostrador, todas estaban envueltas por separado, pero al verificar la hora y al darse cuenta que eran más de las tres de la mañana fue consciente que no tendría tiempo para comprar ningún regalo a la cumpleañera, esas flores podrían ayudarle a no llegar con las manos vacías. Le preguntó al cajero que, si al comprarlas todas le dejaría llevarse la cubeta, sin embargo al verlo dudar y no recibir una respuesta inmediata, sin perder el tiempo le ofreció dinero extra.

Mientras dejaba la manguera depositada en el tanque del gas, se puso a quitar todos los envoltorios de plástico de cada una de las rosas. Con mucho cuidado, las depositó una a una en la tina, de manera que se le facilitara sacarlas todas juntas al llegar a su destino. Al terminar el delicado trabajo con una sonrisa en el rostro sentó la cubeta en el asiento del copiloto, le pasó el cinto de seguridad y lo ajustó bien para que no se moviera.

Otra sonrisa se formó en su cara al pensar, cómo se estaría burlando Franky de él en ese preciso momento. Estaba seguro que estaría carcajeándose, al ver al ranchero y malhumorado Lisandro Prescott comportándose como un estúpido adolescente prendado, pero al diablo, sinceramente no estaba seguro de estar enamorado, los sentimientos crecían fuertes y se arraigaban en su pecho, sin embargo no lo creía posible, lo que le recorría por las venas era algo inexplicable.

Estaba ilusionado, se sentía feliz, optimista, y eso era lo que en ese preciso



instante le nacía hacer y, se iría comportando como él se sintiera, se había perdido esa época de hacer esas locuras juveniles, se detuvieron con la muerte de su hermano, pero ahora no quería tener el poder de impedirse vivir como le diera en gana, ni siquiera que lo detuviera su edad, sus más de treinta y pico de años.



Cuando fue consciente, ya se estaba estacionando afuera del portón de metal. La mamá de Rita le había dado copias de las llaves del zaguán, para facilitarle el acceso a la sección que Corina estaba rentando.

Tratando de ser discreto para sorprender a la chica, con mucho cuidado tomó todas las rosas y, con precaución cerró la puerta sin a hacer ruido. Comenzó a dirigirse por el jardín que era muy poco iluminado y se tensó, cuando miró una sombra sigilosa que vagaba hacia los cuartos de atrás, donde se encontraba Corina.

Algo no estaba bien, la silueta se balanceaba de un lado a otro, era alguien que se encontraba completamente borracho, con cuidado dejó las flores en el piso, y se adentró un poco más por las plantas para ver qué era lo que sucedía. Las palmas de sus manos estaban sudorosas y el corazón le martillaba temiendo lo peor, pero tenía que ser paciente. Necesitaba ver toda la escena completa, sino siempre se preguntaría si esto estaba consentido por la chica.

No lo quería creer, odiaba el simple hecho que la desconfianza lo embargara, Corina nunca le había dado razones para no fiarse de ella, no obstante él era un hombre, una persona corrompida, un alma estropeada que estaba jodida, y que por muchos años se había condenado a sí mismo, así que tenía que ver con sus propios ojos lo que estaba por suceder en esas cuatro paredes, no confiaría en ella hasta no ver la verdad.

En ese instante se dio cuenta que era el momento del veredicto, esa noche la moneda había sido girada y, podría encontrar su liberación al igual que su destrucción de por vida.

Con la luz de la puerta principal pudo ver claramente, que quien se encontraba

tratando de abrir la puerta era Joseph Jonson, padre de Rita. La sangre se precipitó a sus oídos cuando observó claramente que se introducía sigiloso a la casa, Lisandro apresuró el paso, podía escuchar las hojas que pisaba al caminar y todo lo sentía en cámara lenta. Cuando llegó a la puerta, con su mano temblorosa tomó la manija y giró el pomo. Sabía que la escena la encontraría de inmediato, él había estado ahí, conocía la estructura del lugar. Necesitaba saber, requería conocer qué había estado pasando esos días. Se adentró en la oscuridad y escuchó cómo la hebilla de un cinto se desabrochaba y le subió la bilis a la garganta, sin embargo, sus próximas palabras le congelaron la sangre.

— Te lo dije escuincla estúpida, que a mí nadie se me escapa —susurró el hombre.

La cortina que separaba los cuartos le impedía ver la escena que se producía a unos cuantos pasos de distancia, pero no se necesitaba ser adivino para saber lo que venía a continuación y, era necesario que lo permitiera para poder proceder, pues se encontraba en su casa. Si salía de ahí acusando a Joseph Jonson de intento de violación, podría el cabrón mentir manifestando que era él quien traspasó su propiedad y al estar ahí dentro, se complicaría todo. Ese arreglo tenía que quedar entre ellos dos, le tenía que quedar claro hasta llevarse sus palabras a la tumba.

Con sutileza acarició suavemente su Glock 17 que portaba bajo su camisa vaquera, que se encontraba lista para entrar en acción.

Escuchó claramente cómo se le iba encima a Corina y le tapaba la boca, pues el ruido de sus gritos ahogados y sus patadas retumbaban en sus oídos.

—Te lo advertí, hija de puta, que yo nunca me quedo con las ganas —reiteró el hombre escupiendo de nuevo sus repugnantes palabras, mientras le tapaba la boca.

Joseph, se encontraba tratando de mantenerla callada con su mano derecha, mientras que con la otra, le desgarraba de un tirón el camisón que vestía la joven. El borracho estaba tan concentrado en su tarea, que no fue consciente cómo Lisandro le empuñaba la pistola en la sien hasta que sintió el escozor del cañón.

—Te juro que si no apartas tus asquerosas manos de ella, en este preciso momento, te vuelvo los sesos —le soltó el menor de los Prescott al oído, decidido a meterle un tiro en la cabeza.

El hombre levantó las manos en señal de rendición y Lisandro sin dejar de

apuntarle, dio un paso hacia atrás jalándolo con su mano libre de la camisa sudada que apestaba a licor. Lo giró del brazo y, lo empujó con rabia haciéndolo colisionar con fuerza sobre la pared.

Lisandro miró de reojo a Corina quien se encontraba sentada a mitad de la cama echa un ovillo, estaba utilizando la colcha como escudo, la cual le llegaba hasta la barbilla, la sostenía con fuerza cubriéndose por completo, en un estado de conmoción y con los ojos dilatados llenos de pánico.

—Florequilla, escúchame. —Lisandro con voz calculadora se dirigió a Corina, sin dejar de sostener a Johnson de la camisa. Al notar que no respondía lo volvió a intentar—. Corina, levántate de la cama, cielo y prende la luz. Todo está bien, soy yo Lisandro, sal despacio de la cama. Nos vamos a casa, solo necesito que me hagas un favor y prendas la luz —le dijo con calma, necesitaba que ese hijo de puta lo viera a los ojos.

Prescott sabía que Corina estaba bien físicamente, él gracias a Dios había llegado a tiempo, solo se encontraba aturdida al no haber notado a ese desgraciado hasta que interrumpió su sueño, no quería ni imaginar qué hubiera pasado si él no hubiera llegado en ese momento, al renacer el pensamiento en su cabeza su coraje volvió a emanar en su cuerpo.

—¿Cielo, quieres ir a casa? —Lisandro se comenzó a poner nervioso, necesitaba que la chica reaccionara para sacarla de ahí.

—Sí —contestó con una voz apenas audible. Por fin Corina reaccionó y comenzó a llorar.

El ranchero dejó salir el aire que no se había dado cuenta que estaba reteniendo, para él era un alivio que Corina estuviera reaccionando de una u otra manera.

—Venga Corina, prende la maldita luz y ponte a recoger tus cosas, nos vamos a casa —repitió de nuevo en un tono más severo, que dejaba claro que debía moverse y obedecer—. Entre más rápido tengas todo listo, más pronto estaremos en camino.

La chica saltó de la cama, prendió la luz y el Lisandro de años atrás, ese despiadado y temido por todos, estaba frente a un hombre que había perdido su valentía.

—Vamos a ver hijo de puta, ¿sabes quién soy? —le preguntó comenzando su discurso, ahora era su turno de atragantarlo en pánico, así como lo había hecho él con Corina.

El hombre se negó a contestar con las pocas agallas que le quedaban y, se le quedó viendo tratando de demostrar que no le temía. Lisandro no perdió el

tiempo y con la corredera de la pistola le giró el rostro de un golpe, el impacto le reventó el labio y le quebró la nariz, de la cual comenzó a salir sangre sin parar.

—¡Mírame cabrón! Quiero que te quede algo muy claro, que yo sí sé quién eres, obviamente sé dónde vives —bufó, y se rio con cinismo—. Conozco a tu familia, tus negocios, y todos tus jodidos y asquerosos vicios. Así que te vuelvo a preguntar ¿sabes quién soy yo? —cuestionó presionándole la pistola en la sien.

—Sí —balbuceó el padre de Rita—, eres Lisandro Prescott.

—Muy bien Joseph —soltó el menor de los Prescott, y con la palma abierta le cacheteo fuerte varias veces la mejilla, felicitándolo por su buena respuesta—. Quiero que escuches con atención —siguió diciéndole, al tiempo que le metió la pistola por la boca causándole que los ojos se le llenaran de lágrimas y, se atragantara con la sangre que no paraba de gorgotear—. Si te vuelves acercar a ella, si tienes el descaro de mirarla, si piensas tan solo en tocarla, vendré a por ti, y todo lo que querías hacerle esta noche, cada cosa repugnante que pasó por tu cabecita podrida te lo haré a ti. Te destrozaré tanto que me suplicarás para que te mate y ¿sabes qué? No lo haré, porque primero te cortaré los huevos, lo realizaré de una manera tan lenta y tan precisa, que te arrepentirás de todos y cada uno de tus pecados. Te tiraré como la escoria que eres, para que te mueras lentamente desangrado peor que un animal —declaró con rabia Lisandro.

Una vez que había dejado que calaran sus palabras en Joseph, lo tomó del cabello y se acercó a su rostro.

—Recuerda muy bien, que solo doy una advertencia. ¿Lo entiendes hijo de puta? Yo sé que sabes quién soy y déjame dejarte algo claro, aunque el infierno se haya congelado, no te equivoques ni pienses que por esa razón el diablo ha dejado de ser diablo.

Lo soltó y le dio otro golpe con el recibidor de la pistola, que lo hizo caer desmayado.



## 20

Llegaron un par de horas después a la finca, luego de meterla a la cama, Lisandro la arropó entre sus colchas y al ver que se quedaba dormida, sin perder el tiempo cerró las cortinas gruesas que impedirían filtrar el sol de la mañana que estaba por salir, esto permitiría que descansara sin preocupaciones. Al entrar por la puerta principal, inconscientemente la había traído directo a su habitación y ahora, la observaba desde el sillón donde se encontraba sentado, contemplándola.

Su corazón estaba abrumado. Cuando la vio en peligro, se sintió impotente y perdido. Corina tenía el poder de destruirlo, aunque también de reconfortarlo, de curarlo y hacerlo feliz. La cama lo invitaba a recostarse junto a ella, sin embargo tenía miedo de su reacción, de asustarla por lo que había pasado. Ahí se quedó sentado velando sus sueños, como un tonto endiosado por una criatura hermosa que yacía en su cama, una mujer frágil e inocente que cada momento se metía en lo más profundo de su pecho arraigando sentimientos fuertes.

Sumido en sus pensamientos no se dio cuenta que Corina se giraba y abría los ojos, adormilada detectó con rapidez a Lisandro que se encontraba en el cuarto, se alzó un poco hasta sostenerse de sus antebrazos y lo localizó en la esquina, viendo al suelo como buscando una respuesta a lo sucedido.

La ligera luz de la lámpara le acariciaba la silueta de su rostro y, aunque no lo viera con claridad, lo reconocería hasta en las penumbras de una noche desierta y desolada, pero ahora estaba ahí junto a ella y estaba segura, que de ahora en adelante nunca jamás volverían a ser solitarias.

Estiró el brazo palpando las sábanas frías de su lado vacío y le llamó:  
—Cariño, ven a acostarte.

Ella se daba cuenta sin que Lisandro lo dijera, que le satisfacía sus muestras de afecto, sus ojos se lo decían, sus gestos, su semblante.

Ese hombre nunca había escuchado palabras de aprecio, de simpatía o amor, porque siempre se había apartado de ellas, dejó de lado a la gente que lo

amaba y, se aisló en su propia miseria.

La observó receloso inseguro de haber escuchado bien.

—Lisandro, entra a la cama —insistió, al tiempo que palpó varias veces de nuevo el colchón invitándolo a acompañarla.

Prescott se levantó y acortó la distancia con paso lento, pero al situarse al pie de la cama sus inseguridades volvieron a su mente y se preguntó «*¿Estoy haciendo lo correcto? ¿Ella es mi destino?*»

Corina sin permitir que volviera atrás se levantó, se acercó a él y comenzó a desabrocharle la camisa con dedos temblorosos. Sentía su cálida respiración, su pecho subía y bajaba con tranquilidad, mientras le daba acceso para que lo desvistiera. Al despojarse de la prenda continuó desabrochándole el cinto y, con cuidado dejó la funda con su pistola en el buró, cuando la chica estaba por soltar el botón de sus pantalones de mezclilla, Lisandro detuvo sus manos.

—Corina no estoy preparado para esto. —La miró a los ojos con temor y dudas.

—Mi precioso hombre.

Se contemplaron por un rato, quizás fueron segundos o minutos. Ella seguía con sus manos encerradas en las de él, pero cuando sintió que se relajaba, trasladó sus manos a sus mejillas, se las ahuecó con cariño, le acarició su barba de días, mientras él instintivamente cerraba los ojos empapándose de su tacto.

—Un día estaremos listos y seremos la pareja más feliz del mundo.

Lisandro le apartó el cabello rubio y sedoso del rostro y, la besó como nunca había besado a una mujer. Era una caricia pausada, un reconocimiento de dos almas, la unión de dos personas que el destino había engendrado para estar juntas, las piezas ásperas que se estaban puliendo para encontrar su lugar.

—Eres lo más bello de mi vida —murmuró en sus labios, el hombre más divino que había conocido en toda su vida, quien se inclinaba amoroso para poder besarla con sus hermosos ojos iluminados, expresando con su mirada todas las palabras que se le estancaban en la garganta.

—Fuiste mi salvador... —expresó Corina, mientras le depositaba un ligero beso en sus labios suaves—. Te convertiste en mi protector... —Le dio otro beso—. Fuiste mi guía y mi tutor. — Las lágrimas de felicidad le rodaban por sus mejillas—. Y hoy, te has convertido en mi futuro.

# Epílogo

Varios inviernos después

Lisandro un poco nervioso le tapaba los ojos a su mujer, desde que había estado en ese lugar deseó tenerla a su lado y, por fin cumplía sus sueños. Corina siempre había sido friolera y se encontraba abrigada de cabeza hasta los pies.

Cuando la sacó a regañadientes esa madrugada de la cama, le dijo que tenía una sorpresa para ella, pero que tendrían que viajar por unas cuantas horas en la camioneta, la chica aun sabiendo que irían calientitos con calefacción, se puso arriba de su ropa deportiva una blusa de manga larga de cuello de tortuga y un pants cómodo, una chamarra de color blanca que la hacía verse como un borreguito gordito y afelpado, lo detuvo en la puerta para ponerse guantes, orejeras, bufanda, gorrito afelpado, botas de nieve y calentadores, todo eso decoraba su precioso cuerpo que, aunque estaba envuelto como un burrito delicioso lo conocía a la perfección.

—Lisandro, me estás poniendo nerviosa. ¿Ya puedo ver?

Sin responder le quitó las manos de los ojos y la dejó apreciar el maravilloso paisaje, se encontraban entre las montañas rocosas de Wyoming, a pesar de las bajas temperaturas el Wind River Range que pasaba por un costado de la propiedad, este no estaba congelado.

Compró esas tierras pensando en adquirir un lugar en el que se podría alejar del trabajo pues, aunque en la finca estaban rodeados de montañas y preciosa naturaleza era un trabajo constante, sentía que no desconectaba y ahora lo necesitaba más que nunca, requería de su mujer solo para él al completo.

Se acercó al hueco de su cuello y descansó su barbilla en su hombro, la abrazó con fuerza para después pasarle sus grandes manos por el abultado vientre. Adoraba a su mujer, la amaba más que a nada en el mundo, sin embargo ahora el sentimiento se había multiplicado por algo indescriptible, algo que no se expresaba con palabras, algo que solo se sentía desde el corazón.



—¿Te gusta? —preguntó nervioso.

— Es tan bello —comentó Corina, que se giró con entusiasmo para ponerse de puntitas y besarlo—. Es precioso, cariño.

—Tú sí que eres preciosa —declaró Landro, que tomó sus labios con devoción y se unieron en sincronía demostrándose el amor que se profesaban, como desde el comienzo de su noviazgo.

Su amor había tenido altos y bajos, aunque seguían trabajando para demostrarle a todo el mundo que su relación era sólida y, que no había espacio para las habladurías ni las malas intenciones de los demás. Un día llegaría el momento, cuando descansaran en el porche en unas mecedoras de madera con el pelo cano y con muchos nietos a su alrededor, se lo prometió su ahora marido y él nunca le mentía, ni le había fallado, siempre mantenía su palabra. Fueron a paso lento, se dieron el lujo de conocerse, de salir, de divertirse. Lisandro no solamente no quería que Corina se saltara todos esos hermosos y placenteros momentos del enamoramiento, sino que él tampoco se los quería perder. Ambicionaba vivirlo todo junto a ella y, disfrutar pedirle que fuera su novia frente a la iglesia del pueblo.

Tiempo después que se dio por satisfecho de gozar de su relación de novios, coordinó todo para pedirle matrimonio en el mismo lugar. Con una rodilla en el suelo y sujetando un precioso anillo, le prometió que al aceptar su propuesta ahí mismo, en esa catedral, se casarían y bautizarían a todo el jardín de niños que deseaba tener a su lado.

Todos los días cultivaban esos sentimientos que irradiaban y que notabas, con tan solo estar por unos instantes junto a ellos. Era una química, una gravedad que los atraía, el respeto y la adoración que se profesaban el uno por el otro era inaudito.

Su relación era una labor diaria, un día se preparaba la tierra, el siguiente se plantaban las semillas, se abonaba y se regaba hasta cosechar, todo un mundo de sentimientos que descubrían juntos y que ahora, exactamente treinta y dos semanas después de su boda, palpitaba en su interior. Se complementaban y como había ocurrido hace muchos años, Corina lo seguía salvando, era su luz. A veces llegaban días oscuros y el arrepentimiento de aquella noche volvía, pero Lisandro estaba volcado a su nueva consigna que no era otra que “ **el destino está escrito**”.

El enamorado hombre se agachó y, le dio un beso en la barriga. Su preciosa flor le dio una patada robándole una sonrisa.

Antes de levantarse y comentar lo que siempre le decía cuando su preciosa bebé lo pateaba, que su florecilla rebelde sería una fierecilla como su madre, escuchó una exclamación de sorpresa de boca de su extraordinaria esposa.

—¡Dios mío Lisandro! —dijo sorprendida.

—Espero que esa reacción sea porque te ha encantado la sorpresa.

Corina veía hipnotizada la cabaña de dos pisos de fina madera, con ventanales gigantescos que dejaban ver su interior, estaba a unos cuantos pies de distancia, pero era imponente y magistral.

Lisandro la rodeó de la cintura y se detuvo a su espalda para abrazarla, miraron juntos la propiedad que con tanto cariño había estado por varios meses diseñando junto con el arquitecto, para que tuviera todo lo indispensable y las comodidades que sus mujeres necesitarían, para cuando quisieran alejarse de todo y entrar en su pequeño e íntimo mundo.

—La próxima vez que regresemos, será con Joy Prescott McKay en nuestros brazos —señaló Lisandro, depositando un beso en su cuello.

Corina se dio la vuelta para mirarlo directa a los ojos con adoración, una de sus manos acarició su barba y con una felicidad que no podía ocultar le expresó:

—Te amo Lisandro, eres lo más hermoso de mi vida.

Se abrazó a su cuerpo y él la arropó con fuerza. Escuchando su corazón en el pecho desbordado de felicidad, las palabras fluyeron de su boca.

—Contigo he conocido qué es la felicidad, junto a ti me he sentido pleno, a tu lado cada momento soy un hombre amado y solo tú me has dado lo que nunca imaginé, una vida, un amor, una compañera y ahora una familia —declaró, y buscó sus labios para besarla, le ahuecó las mejillas, mientras la miraba a sus ojos azules—. Siempre y con cada palpitar de mi existencia, te daré las gracias por haberme salvado y por haberme traído de regreso para conocer mi destino. Te amo mi florecilla y te amaré por el resto de mi vida... —murmuró sobre sus labios, antes de depositar un tierno beso lleno de todo el amor que sentía.

# FIN

## PLAYLIST

*Amarillo by Morning*, de George Straite

*Girl*, de Maren Morris

*She's Everything*, de Brad Paisley

*Drinkin' Problem*, de Midland *Tennessee whiskey*, de Chris Stapleton

## AGRADECIMIENTOS

Quiero darle las gracias a mucha gente que llevo en el corazón y, que se han vuelto parte de mi familia.

Gracias primero a Dios, a mi marido y a mi hermoso hijo por su paciencia, cariño y comprensión. Sacrifican muchas horas para que yo siga viviendo mi sueño.

A mis padres, mis hermanas Nelly Cabrera, Janeth Cabrera por todo su apoyo, a mi amiga Moru Morales por siempre escucharme y motivarme a seguir adelante con mis historias, al Dr. Vladimir Peña.

A mis lectoras beta, Liliana Gama, Isaura Tapia, Nuria Vargas, Mariana Castillo y Maricela Moreno. ¡Las quiero mucho chicas! Este libro es una obra de algo inesperado lleno de amor. ¡Gracias por estar presentes!

A los blogueros que comparten mi trabajo y reseñan mis libros solo por el amor a la lectura.

GRACIAS a todos mis amigos lectores en especial a mi amada comunidad LIBROS QUE DEJAN HUELLA, por su apoyo y su cariño. Sin ustedes, esto no sería posible.

A Isa Quintín, por una vez más diseñar la fantástica cubierta de mi nuevo hijo, por representar lo que yo quería transmitir en una portada, por tu tiempo, talento

y toda la paciencia de esos días, que trabajamos juntas hasta conseguirlo ¡Lo logramos, eres la mejor!



## **SOBRE LA AUTORA**

Liz Rodriguez vive en Texas con su marido y su hijo. Su pasión es la lectura, y es una ávida lectora de novelas románticas. Se considera una apasionada del café, del vino y de las redes sociales. Liz divide su tiempo entre la lectura, el trabajo, atender a su familia y la comunidad de libros que tanto ama: Libros Que Dejan Huella.

Recientemente se encuentra trabajando en su nueva novela, que nace después de su popular biología *Qué será de mí*, la cual ha llegado en papel a países que jamás imaginó y, que hasta el día de hoy, sigue posicionada en los primeros cinco lugares en los más vendidos de Amazon México, después de más de veintiún meses consecutivos.

Se considera una mujer muy bendecida, le encanta cantar y convivir con sus amigas lectoras.

En estos momentos se encuentra emocionada incursionando como locutora, en esta nueva etapa con el gran equipo de Radio Passion US.

Redes sociales:

[www.librosquedejanhuella.com](http://www.librosquedejanhuella.com)

Instagram: @queserademioficial\_

**Otros títulos**

**Bilología**

*Qué Será*



## **Sinopsis:**

Delhy Lugo es una mujer insegura, inexperimentada, sin malicia, un alma encerrada y vulnerable.

Santiago Moya es un hombre devastador, ambicioso, controlador, poderoso, experimentado, que oculta un pervertido secreto.

Luego de un encuentro fugaz, el destino hace que se vuelvan a ver. Él es tan distinto que ella queda cautivada con su manera de dirigirlo todo; pero hay algo más, algo que no sabe descifrar.

Descubre junto a Delhy qué esconde ese amor que se siente tan perfecto, pero a la vez tan irreal. ¿Qué es lo que esconde bajo esa careta de hombre impecable? ¿Podrán superar la verdad, cuando sea revelada?

"Él era mi destino, era quien me mantenía a flote en este camino incierto".



## **Sinopsis:**

Tras la locura de un club secreto y una ruptura desgarradora, Delhy Lugo se encuentra en una encrucijada para decidir su futuro. Ella se debate entre dejar que su vida fluya, tomando su propio destino o vengando el sufrimiento de un corazón roto.

¿Podrá el senador Santiago Moya perdonar las decisiones erróneas de la mujer que ama y absolver sus propios errores? ¿Podrá Delhy salir de su nuevo estilo de vida?

Descubre el esperado desenlace de esta historia, donde una mujer enamorada es consumida entre el amor, el odio, la venganza, y sin duda, la decepción de su felices para siempre.